

HISTORIAS

SOBRE LA MADRE
EN TIEMPOS DE PANDEMIA



Manuel Felipe Álvarez-Galeano
(Edición y prólogo)

Editorial Centro de Estudios Sociales de América Latina
Universidad Católica de Cuenca
2021

HISTORIA SOBRE LA MADRE
en tiempos de pandemia

Manuel Felipe Álvarez-Galeano
(Edición y prólogo)

FICHA TÉCNICA

Título: Historia sobre la madre en tiempos de pandemia

Edición y Prólogo: Manuel Felipe Álvarez Galeano

Director Colección Taller Literario: Mateo Silva Buestán

© Editorial Centro de Estudio Sociales de América Latina (CES—AL.) <http://www.ces-al.ml>

© Universidad Católica de Cuenca (Ecuador)

Cuenca (Ecuador) 2021

CRÉDITOS

Cuidado edición: CES—AL

Portada: Carlos Valverde Lojano

Ilustración de portada: Manuel Felipe Álvarez Galeano. *La Madonna*. Por: Pippo Galeano. Técnica: acrílico sobre lienzo. Dimensiones: 80 x 60 cm.

ISBN: 978-9942-840-38-7

Diseño y diagramación: CES—AL

QUEDA TOTALMENTE PERMITIDA Y AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE MATERIAL BAJO CUALQUIER PROCEDIMIENTO O SOPORTE A EXCEPCIÓN DE FINES COMERCIALES O LUCRATIVOS

Índice

Salutación por Dr. Enrique Pozo Cabrera	7
Prólogo por Manuel F. Álvarez Galeano	9
Madre del viaje sin retorno Xavier Rolando Arcentales Peralta	19
Un domingo de mayo Pedro C. Martínez Suárez	23
Imaginaciones de Soledad y Manuel Imelda Guillermina Guillén Torres	28
Máscaras Andrés F. Ugalde Vásquez	35
Mi mamá, una sobreviviente Carlos Segarra Ramos	39
Héroes sin capa Cristina López	43
Mamdemia Dayana Oleas	47
Mi gran guerrera. Historia basada en hechos reales de mi vida... Dayra Janela Vega Romero	49
Mamá, la vida sigue Doménica Idrovo García	52
María y sus manos callosas Freddy Marcelo Ortega Mizhquiri	56
Aunque no gane, la mujer sigue luchando Jordi Cuenca	59

Un corazón de acero Kelly Campoverde	63
Última parada Luis Alvear	65
Simplemente, ella es mamá Manuel Fernando Gonzales Pomaquiza	68
Homenaje de la madre, en tiempo de covid-19 María Carmita Parra Ch.	72
Mamá en tiempo de pandemia María de los Ángeles Neira Narváez	77
¡Cuídate, te amo! Mikaela Belén Estrada Tabango	81
El corazón más grande del mundo Pablo Cuzco	85
Mi pobre chola Sthefany Oleas Quezada	89
Esa luz se llama mamá Roxana Estefanía Pastuizaca Paucar	91
La heroína de mi gran cuento Tamara Isabel Paucar Morocho	95

*Manos las de mi madre, tan acariciadoras,
tan de seda, tan de ella, blancas y bienhechoras.
¡Sólo ellas son las santas, sólo ellas son las que aman,
las que todo prodigan y nada me reclaman!
¡Las que por aliviarme de dudas y querellas,
me sacan las espinas y se las clavan en ellas!*

Alfredo Espino

Salutación

Convencido que el saludo de mayo a una madre no es suficiente para enaltecer al sublime ser; el ser, que nos ha acompañado desde nuestras primeras miradas cruzadas de temor y ávidas de calor de la guía de luz y amor; seguro estoy que, si garabateo líneas a la madre, cada caricia merece un párrafo, cada beso su guion, cada abrazo la producción, cada desvelo su publicación.

Que mejor aseveración de respeto y amor, para que perdure en el tiempo mediante el Relato a la Madre a través de este justo reclamo escrito que representa de sus autores los sentimientos puros por la madre. La imaginación ha volado alto, la creatividad ha acelerado corazones y éstos, han plasmado su existencia en esta compilación, con el reconocer de la madre, la ternura innata a su amor hijo; el fruto de sí, en épocas de pandemia.

Felicitaciones a los declarantes de su amor por ella, en esta pequeña, pero más que pulcra y delicada publicación.

Dr. ENRIQUE POZO CABRERA, PhD
Rector Universidad Católica de Cuenca



Cuenca, 7 de mayo de 2021

Dr. Enrique Pozo Cabrera,
Rector de la Universidad Católica de Cuenca
Ciudad.-

Cordial saludo

Asunto: veredicto del jurado del Concurso de guiones: Historias sobre la madre en tiempos de pandemia

Siendo las 13:00, del 7 de mayo de 2021, los miembros del jurado se reúnen para deliberar y dictaminar las obras premiadas del Concurso de guiones: Historias sobre la madre en tiempos de pandemia, luego de la pertinente lectura de los archivos enviados previamente por el equipo organizador, estableciéndose la siguiente relación de resultados, en acatamiento a los lineamientos establecidos en la convocatoria:

Mención de honor. Obra **“Imaginaciones de Soledad y Manuel”**, de la autora Imelda Guillermina Guillén Torres. Se destaca su carácter genuino, auténtico y motivador, por medio de un lenguaje sencillo y cercano que sabe captar la riqueza imaginativa de los niños, en el encanto de lo simple.

Segundo puesto. Obra **“Un domingo de mayo”**, del autor Pedro C. Martínez Suárez, cuya riqueza retórica se mezcla apropiadamente con una propuesta narrativa innovadora y con mucha provisión de símbolos dispuestos armónicamente.

Primer premio. Obra **“Madre del viaje sin retorno”**, del autor Xavier Rolando Arcentales Peralta, ponderada por su significativa secuencialidad, recursividad estética y adaptabilidad a los formatos audiovisuales.

Asimismo, debido a la calidad de las obras presentadas, el jurado recomienda realizar una publicación con las mismas, con el pertinente trabajo de edición y corrección, a cargo de los miembros del jurado.

Con inalterable cordialidad,

Firman los miembros del jurado:



Dr. José Manuel Castellano Gil



Mg. Manuel Felipe Álvarez-Galeano

PRÓLOGO

*Cuando canto para que bailes, mi niño,
sé por qué la música plateada
del viento entre las ramas
y el coro de las olas alrededor del mundo
y la cadencia de la luz sobre las hojas:
cuando canto para que tú bailes.*

Rabindranath Tagore

En sus ojos reposan universos y vaticinios, alienta la más rebelde de las músicas. Su alma se espolvorea en la cimientes del latido y en las cumbres raídas por el viento de la razón. Guarda en sus hombros el heroísmo y la libertad, pero que, jamás, su silencio erija las oquedades del mundo. Siempre es ocasión para admirarla, porque en su voz se fundan los escenarios en que la vida levanta sus crisoles.

Madre Tierra, en que se esculpe la cosmogonía y el futuro; Madre Tiempo, en que se tallan los intersticios del infinito; Madre Agua, en cuyas ondas corre el canto de la espera y el flujo en que se remolina la esperanza y el amanecer; Madre Cielo, en cuyos cristales se transfigura lo divino y lo simple; Madre Amor, sobre quien la ternura encuentra su núcleo y la convulsión del diario nacer... Madre Siempre, Madre Todo, Madre Vida...

La madre, como concepto, como institución indisoluble en que se forja la idea indivisible de la vida, es el bastión para configurar la premisa de que somos una extensión de ella, no solo desde la dinámica biológica, sino desde la derivación ontológica. Una rama de gran altivez y no poca polémica como el psicoanálisis tiene sus cimientes en la relación con la madre. Sin embargo, sobre todo en estos tiempos de reivindicación, su imagen cobra una variedad de

significados que desmoronan los estereotipos sobre los que, habitualmente, se le ha concebido.



Esta pieza de 1655, adjudicada a Murillo, titulada *Santa Ana y la Virgen*, muestra, además del inigualable juego de colores e iluminación, el sentido estético de la escena, María aprendiendo a leer con el acompañamiento de su madre; por ende, no es presuroso ni incauto pensar que la madre se funda como el baluarte más genuino de la educación. Representa la conjunción de la ternura que nos enfrenta a la voracidad del mundo, como también mimetiza el Greco, en su *Sagrada Familia*, *Santa Ana y San Juanito*, datada a los alrededores del 1600.



Se dice que, en el alba de la humanidad, era ella quien sembraba; sin embargo, los roles, con el paso de los tiempos, han cobrado direcciones más determinantes en función del principio de libertad y conforme ha avanzado la humanidad en materia de derechos. En los textos religiosos, las madres han representado, más allá de las discusiones, unidades simbólicas que han erigido el relato histórico y antropológico. Agar, la esclava de Abraham, dio a luz a Ismael y de este se construyó una línea histórica que, hasta hoy, sigue recogiendo las cimientos de las culturas arábicas, así como la imagen de Sara, quien alumbró a Isaac, patriarca del pueblo israelita, reconocido en el texto bíblico como el verdadero primogénito y quien se desposó con Rebeca, matriarca reconocida por la sublimidad de su belleza; así como Raquel, de quien nacieron José y Benjamín; además de la imagen de María, en quien se ha configurado una parte rutilante del arte, la fijación de los principios occidentales y es el crisol del credo católico.

Más allá de la condición tradicional que se les ha atribuido a estas madres dentro del nicho de procrear y en el umbral o como complemento del hombre, y estimando la más que justificada mirada de la actualidad, por encima de toda perspectiva anacrónica, se han levantado imágenes de ellas con otras matrices simbólicas, pues está el imperativo llamado de pensarlas desenmarañadas de la condición estereotipada; este es el caso de las guarichas —término que se ha semantizado en sentido despectivo a las mujeres—, quienes en las luchas de emancipación latinoamericana combatían frontalmente por la independencia, y fueron retratadas en un memorable poema de la escritora ecuatoriana Rosalía Arteaga, en su poemario *Rosa Carmín*. Sería, desde este prolegómeno, una oportunidad para silbar en la habitación de Dolores Veintimilla, quien aquella noche de mayo de 1857, asediada por los marasmos y lacras morales que le quiebran el espejo de la vida, ve la soledad en que quedaría su hijo.

Continuando con el cotejo, la literatura latinoamericana quedaría trunca sin la imagen de su matriarca, Úrsula Iguarán, aquella que vio el alba y los arreboles macondianos y que, con el papel espinoso de cuidar la descendencia de los Buendía, en realidad protegió la memoria literaria de este platanal. En este sentido, se contempla la imagen de Paula, cuyo rostro emana la silente esperanza del despertad y, con este, la luz de su expectante madre, Isabel. De otro lado, en el marco literario europeo, desde la trinchera, fluye la figura de Pelagia Nílovna Vlásova, aquella madre que se subleva contra la pesadumbre y fue a defender la libertad, dando brote a una de las obras más memorables de la literatura rusa y universal, *La madre*, de Máximo Gorki y que, claramente, tendría mucho de qué hablar con Anna Fierling, protagonista de *Madre coraje*, del padre del teatro épico, Bertolt Brecht, con una voz más invocadora a la paz.

En la óptica de la madre que batalla sobre los impases del infortunio social, con el triste agravante —que desde tiempos imperecederos, tristemente, lo es— de la condición migrante, la figura de Lucia Santa cobra peculiar levantamiento, en el escenario de la depresión económica en Nueva York, y que es retratada majestuosamente en la novela de Mario Puzo, *La mamma*. Así también, la poética del autor indio Rabrindanath Tagore fulgura la dulzura y el tesón de lo simple, en un juego de artesanados delicados que muestran a la madre como el núcleo de los paisajes de la nostalgia.

Podría hacerse una sumilla más detallada y, por completa que se defina, quedará siempre incompleta, pues la madre engloba, por antonomasia, el forjado de la vida en su sentido más pleno y amplificado. El Día de la Madre, más allá de la crasa discusión sobre el consumismo, es un instante y una pausa para homenajearla, en la presencia, en la despedida, en la espera, en la añoranza de la que no está.

La situación actual del mundo suele pensarse como atípica; sin embargo, es una más de las consternaciones que muestran su rostro

más desgarrador. El virus representa el reto colectivo ante una insidia voraz a la que se enfrenta la humanidad. De otro lado, evocando el ingenioso texto «Elogio de la dificultad», del autor colombiano Estandislo Zuleta, se mostraría ahora la necesidad de encontrar una oportunidad para humanizarnos, y qué mejor sino construir esta tarea evocando la imagen más humana: la madre.

Este compendio de relatos, que fueron postulados para el concurso de guiones de la Universidad Católica de Cuenca, como una iniciativa emblemática para la comunidad académica, fue un espacio democrático en todo el sentido: por un lado, se abrió a todos los miembros del Alma mater, y, además, los jurados tuvieron el honroso deber de seleccionar un ganador entre todos; sin embargo, esta —y nunca— es la ocasión para coartar la voz, más allá de que la calificación exigía una sola opción. Con tal fin, se articula este trabajo, tras la recomendación de los jurados para que la editorial Centro de Estudios Sociales de América Latina, en nombre de José Manuel Castellano, y la Universidad Católica de Cuenca, en la voz de su rector, Enrique Pozo Cabrera, levanten unas memorias de todos los trabajos presentados, conscientes de que todos merecen ser escuchados.

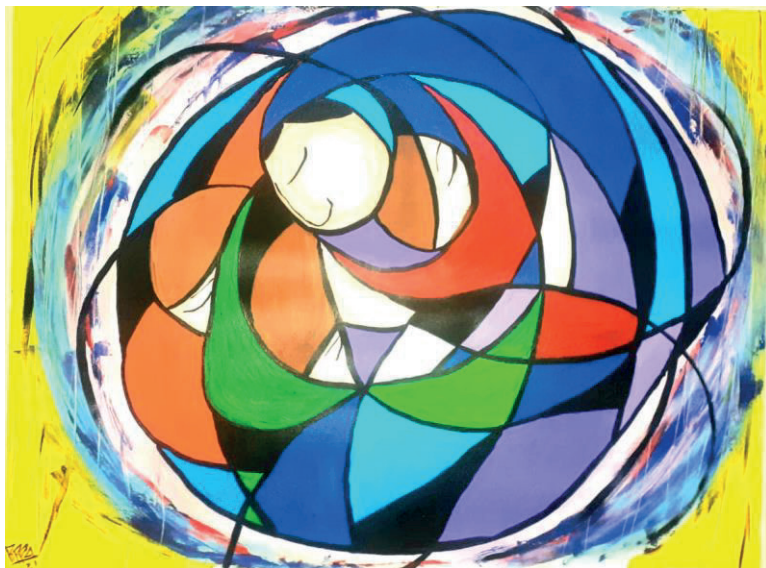
Se comparte, inicialmente, la bienvenida de la autoridad, quien, más que forma parte de este proyecto, declara su sentido humano. Posteriormente, se comparte el acta del jurado que, más que por fines de transparencia, es el memorial de una retribución humilde para la comunidad, en reciprocidad por el placer de entregar sus murmullos vitales, sus reflejos de alma. Se cuenta, en el primer capítulo, los trabajos premiados y, finalmente, los también valiosos textos de los demás participantes, secuenciados alfabéticamente. De todos se acata que la presente edición es un medio para expresar; por ende, la honrosa responsabilidad de lo que se dice se aposenta en los autores. Asimismo, se pasa por un trabajo de edición y corrección ortotipográfica, en que se respeta la esencia y el estilo, pero con el meritorio ejercicio de hacer inteligibles las obras.

Los textos, reflejados en una amplia gama de formatos, explayan los cantos y sucesos creados y verosímiles, en medio de una arquitectura versátil en que se trastocan diversos espejos sobre los que se miran los rostros de la madre, en un escenario complejo como es la pandemia. Resulta particular que, entre los puntos comunes, se refleja esta coyuntura como una oportunidad inédita de redefinir el encierro, que, en realidad, es un reencuentro, toda vez que, a veces, en casa se han trazado las más dilatadas distancias.

Adicionalmente, la tragedia y el infortunio, muy a la sazón griega, dieron paso a nuevas perspectivas de la imaginación; y, en otros casos, ni siquiera es necesario acudir a esta, pues la realidad muestra situaciones tan inverosímiles que no requieren de mayores ambages para tener la dignidad de ser contadas. Se exhiben piezas de resiliencia, de resistencia, de un pundonor casi estimable al de Antígona, y la muerte se fija como un espejo en que se pierde el cuerpo, pero jamás el espejismo, punto ineludible en que se crea el arte y se cree en él.

Por último, el concepto del viaje cobra un sentido especial, sobre todo porque este implica una despedida y, en un azar de sortilegios, una bienvenida. Hay viajes hacia el acá, el allá, el nunca, el siempre, hacia los horizontes insondables del ser. Dicho esto, se abre la nave en que se embarcará hacia el traspaso y la esperanza, para que, en el más clarividente de los instantes, volvamos a abrazarnos, por ahora, en la palabra.

TRABAJOS PREMIADOS



La madre. Autor: Pippo Galeano. Técnica: acrílico y óleo sobre lienzo.
Dimensiones: 100 x 80 cm.

Madre del viaje sin retorno

Xavier Rolando Arcentales Peralta

Primer premio

Dime, hermoso capullo nacido de mi amor, ¿a dónde vas a huir?; si cada latido de tu corazón está unido al mío desde el día de tu concepción, ¿dime a dónde vas a irte?, dejándome sin nombre porque, si tú me hubieras perdido, serías llamado huérfano; pero yo, si te vas, no tengo nombre.

Ese fue el susurro entre sollozos que alcancé a escuchar cuando viajaba desde la gran ciudad a mi pequeño pueblo, en un autobús que, cumpliendo con las seguridades de la pandemia, más bien parecía llevar a un grupo de astronautas a la luna. Fácilmente puede identificar las lágrimas que, de izquierda y de derecha, una tras otra caían, haciendo surcos en el rostro de una mujer joven pero visiblemente maltratada por la vida, quien, arrojando el cuerpecito de un niño de unos 5 años, se mecía como buscando consuelo entre el apretar y cobijar, entre el descubrir su rostro y besar copiosamente su frentecita; ¡tanto llanto! Parecía no tener fin, un dolor que se desataba en la clandestinidad, pretendiendo el silencio, forzando el refugio en la soledad, de ese tú y yo que solo en el encuentro de una madre y un hijo se puede suscitar.

Yo, personalmente, había tenido un día muy agitado y pensaba reponer mis fuerzas durmiendo en el autobús, hasta llegar a mi casa, donde, seguro, me estaría esperando mi familia, con el calor de hogar que ya me empezaba a hacer falta.

Estando ubicado en la otra fila del asiento contiguo; y sorprendido por los sollozos que intentaban segundo a segundo ocultar un dolor inmenso, mismo que automáticamente me quitó el sueño, me hice presente con la dolida madre:

—Disculpe, señora, ¿le puedo ayudar en algo, se siente usted bien? — se lo expresé mezclando mi curiosidad con la intención de servicio y guardando el mismo nivel de volumen que la señora había creado.

—¡Ay, señor, si usted supiera! Siento que mi vida se destroza en millones de pedacitos, no podrá comprender mi dolor.

—Si usted me cuenta, señora, a lo mejor puedo hacer algo....

La señora apretaba con más fuerza al niño y con sus blancas manos con uñas sin decorar, recorría el cuerpecito del pequeño, dándole abrigo, acomodándolo hacia su lecho, una y otra vez, como buscando fuerza para comenzar a hablar.

Pretendiéndome psicólogo le dije:

—Sabe, cuando se cuenta una pena, una persona se alivia bastante, quizá pueda darle un pequeño consejo; todo tiene solución.

Inundada de lágrimas, me dijo con mirada incrédula:

—¿Usted cree eso?

Tomando fuerza respiró profundamente y se desgarró en llanto una vez más sobre el niño; luego, volviendo su mirada hacia mí, empezó su historia: mi hijo tenía una afección pulmonar desde que nació, y se contagió de un virus que nos tuvo agobiados mucho tiempo; él sufría de neumonía desde muy pequeño; una vez más descubrió el rostro del niño, besó su frente y volvió a tapar con la pequeña cobijilla la cabecita del infante. Soy madre soltera, sabe, su padre nunca quiso reconocerlo; es más, me dijo que no era su hijo, soy la típica mujer engañada en nombre del amor.

Cuando él nació a pesar de todo, fue lo mejor que me pudo suceder, lo di a luz en mi casa, sola, completamente sola; porque en aquella época mis padres no sabían de mi situación y desde allí mi vida cambió, dio un giro total. Mis padres son migrantes y me dejaron desde que yo tenía 15 años al cuidado de mi abuela que falleció hace varios años, ellos están en Estados Unidos también sufriendo la pandemia y enfermos. Hasta hace un tiempo me enviaban ayuda,

pero ahora no pueden hacerlo, pues perdieron su trabajo en la factoría en que laboraban, ya que se suspendió por esta pandemia.

Nadie quiere darme trabajo, y, cuando se enteran que soy madre soltera, se complica más todavía. Viajé hasta la capital, porque me dijeron que acá trataba un médico esta afección fuerte y quizá podrían ayudarme con mi hijo.

Sus lágrimas continuaban mojando incluso la cobijilla que cubría al pequeño. Le brindé mi pañuelo y me dijo:

—Muchas gracias, se lo agradezco tanto.

—Bueno, pero cuénteme como le fue con el médico.

—Muy mal, sabe: cuando le revisó a mi hijo, me dijo que la neumonía había atacado todo; pero, para colmo, que la atención a los contagiados con el covid impedía atenderlo con efectividad y eso complicaba todo el cuadro.

En ese momento, a pesar de querer ayudar, sentí temor y ella lo percibió en mi mirada, y me dijo nuevamente:

—No tenga miedo, ya le voy a contar por qué. No tenga miedo, se lo garantizo. Mi hijo estuvo hospitalizado 3 días, el médico, muy humano sabiendo de mi situación, no me cobró nada; pero la clínica sí. Con los pocos ahorros que tenía pude pagarles todo, pero ya no me quedó dinero ni para comer, ni para viajar; son tres días que no he comido, ya que estuve todo el tiempo junto a mi hijo queriendo que se sane.

—Pero no se preocupe señora, apenas lleguemos a la mitad del camino, seguro el bus se estaciona para hacer un descanso y comeremos los tres; yo invito, por favor acépteme.

—No, señor, no tengo ganas de comer.

—¿Cómo es posible? —se lo dije—, si son tres días, debe alimentarse, o usted también enfermará.

Solo me miró, y dijo:

—Tampoco he dormido estos tres días. El conductor del bus me permitió un asiento, porque me vio llorar como usted me ve. Yo le dije que mi hijo estaba un poco enfermo y que todo el camino ocuparía un solo asiento conmigo. No quiero comer, porque el hambre es mi menor mal en este momento; y no quiero dormir, porque es mi último viaje y momento con mi hijo.

—No la entiendo, señora.

—Sí, señor, es mi último viaje y momento con mi hijo porque, después de todo el tratamiento que pudieron hacer, no lograron ayudarlo. Este momento, aunque le parezca a usted el más difícil, es mi momento privilegiado; en la clínica tuve que firmar muchos papeles para poder sacar a mi hijo; y ellos, siendo conscientes de que no tendría para pagarles un minuto más, me permitieron llevarlo. Ahora solo sé que me quedan 6 horas junto a mi hijo. Después de este momento no volveré a verlo nunca más, en mi casa estaré sola una vez más; por eso no quisiera que este viaje termine nunca.

En ese momento apretó con todas sus fuerzas el pequeño cuerpecillo contra su pecho y, mirándome fijamente, me dijo, con voz temblorosa:

—Mi hijo falleció el día de ayer.

Para ese momento mis ojos también estaban inundados de lágrimas y, por varios segundos, me quedé sin palabras. Luego, con voz sutil y desgarrada, le dije:

—«Cuando la fuerza de una madre termina, comienza la fuerza de Dios».

Un domingo de mayo

Pedro C. Martínez Suárez

Segundo puesto

Soy Dolores. En realidad, mi verdadero nombre es María Michelle Chaves Pesantes. Cuando era chica me quejaba por todo. Dolor de barriga, de pecho, de cabeza, y mi papá, un rudo señor del campo, comenzó a llamarme Dolores y ese nombre me quedó.

Clavé mi mirada en el reloj situado en el velador, junto a una pequeña lámpara que por años me acompañó cada noche en mis solitarias sesiones de lectura. Frente a mi cama cada día veía al despertar la misma imagen de mi mamá en un cuadro bellissimo, un lienzo al óleo que le pintó un tío mío, famoso galerista cuencano. Mi mamá había sido una mujer esbelta de pelo lacio, negro zaíno, brillante a la luz del sol. Le gustaba llevarlo recogido en una trenza, especialmente cuando se la hacía mi papá, después le tocó aprender a trenzarla sola porque mis dos hermanas y yo llevábamos así el pelo cuando íbamos a la escuelita y debía peíarnos en muchas ocasiones en que mi mamá, quien sufría de depresión, pasaba en cama.

Recordé, así como si fuera una revelación, que hoy era el día de la madre y fue justo en ese momento en que me había quedado ensimismada precisamente en sus ojos honestos y puntiaguda tez, en la imagen de mujer firme y carácter adusto que transmitía.

Me puse ropa cómoda. Un pantalón de los más usados que ya pedía un cambio, una camiseta, una chompa y una gorra serían suficientes para un día en casa de mami. Algo me impulsaba a visitarla, unas veces el deber, otras veces el afecto que otrora hubiera entre nosotras. Aunque siempre fui más cercana a mi papi, pero ahora sentía que debía verla. Ella hacía tiempo que no le daba importancia a la ropa que llevara y, cuando era una mocosa, tampoco, porque no había ni tanta

plata ni tanto interés en vestir bien en aquellos tiempos, menos aún si uno pasaba tiempo en el cuyero. Por un instante, pensé en coger algo más de ropa de abrigo y una muda; pero, después de todo, mi intención era volver en la noche.

El autobús en el que me pude subir casi al vuelo, después de recoger unos dulces para mamá, nos llevaba de sobresalto en sobresalto y por la ventana se podía contemplar cómo la ciudad disminuía en número de casas y el asfalto iba dejando paso al verde ecuatoriano, inconfundible por lo frondoso y salvaje, a pesar de que la vista no era amazónica, sino típicamente serrana.

Me vino un dolor de estómago repentino, una punzada, similar a los que fingía tan eficientemente cuando vivía en el campo. Por entonces, todas las artimañas se convertían en estrategias para no dar de comer a las vacas u ocuparme de los chanchos. Cada día se me ocurría una cosa distinta. Nunca fui quejumbrosa ni cuando me caí por el cerro y casi me parto la crisma. Me gustaba jugar con los hombres al fútbol con un cuero improvisado que habían hecho los guambras con tripas y trapos. De vez en cuando subíamos a lo más alto de la montaña, vivíamos en una fortificación preincaica, allí contemplábamos el valle, verde oscuro, y disfrutábamos de las corrientes de aire, unas veces frío y otras caliente. Mi papá era propietario de unos terrenos y aportaba yunta, semillas, fertilizantes e insecticidas y sus empleados todo lo demás. Recuerdo a algunos de ellos y, más aún, recuerdo sus sonrisas entre malévolas e inquietantes. No podía evitar ir viendo la transformación del paisaje por momentos, de verde mar a verde oliva intenso, y experimentar una lluvia de imágenes, olores, la textura de la hierba y el sonido del agua, ríos cristalinos y puros, acompañados con el aire de la sierra.

El autobús se veía semivacío, me gustaba sentarme en la parte de atrás, como a los jóvenes, lo cierto es que desde allí podía tener control visual de todo lo que ocurría. A pesar de que había un número de asientos lo suficientemente grande por ocupar, un hombre de

acento extraño pidió amablemente, pero con un gruñido, sentarse a mi lado. Debo confesar que, en primera instancia, su aspecto tosco y raro me generó reparos. Asentí con la cabeza y se sentó como si hubiera caído a plomo del cielo; de hecho, el ruido que hizo al asentar su cuerpo en los almohadillados asientos llamó la atención de los pocos viajeros. El bus iba haciendo sus paradas habituales y no me extrañó que se detuviera a recoger a unos mochileros en un lugar poco habitual y oscuro aún, el primer transporte de la mañana salía a penas a las 5 a. m. y llevábamos poco menos de una hora de viaje. Atravesábamos una zona donde la carretera se desdibujaba y el paisaje se colmaba con vegetación arbustiva de altura.

De forma súbita, sin que nadie pudiera sospechar nada el hombre que se sentaba a mi lado, saltó como empujado por un resorte hacia el centro del pasillo mientras que uno de los mochileros que acababa de subir sacó una pistola tipo Glock y le descerrajó un tiro en la pierna al conductor, sin mediar palabra y sin dar signos de haberlo pensado ni un momento. Los gritos, la sangre a borbotones en la pierna del conductor, las idas y venidas de varias personas que corrían como patos a ninguna parte llevándose las manos a la cabeza hicieron de aquella escena algo más absurdo que espantoso. Por si fuera poco, a mí me dio solamente por pensar en mi madre y en el hecho de que ante aquella situación no llegaría a verla. Rápidamente, el que fuera mi compañero de asiento se apresuró en pedir a punta de pistola todo cuanto de valor tuvieran los ocupantes entre sus pertenencias. La recaudación fue tan veloz que casi no nos dio tiempo ni a reaccionar. Cuando nos dimos cuenta de los dos atracadores, solo quedaba el recuerdo de sus fuertes pisadas en la carretera huyendo despavoridos ante los improperios de un valiente que osó salir detrás de ellos. Mi mochila con unos calzones, los dulces de mamá, un Gatorade y cinco dólares se despidió de mí en aquel viaje. Por suerte llevaba algo de suelto que me permitiría volver más tarde, puesto que, en no mucho

tiempo, un carro se llevó al conductor y un nuevo autobús nos conduciría a nuestro destino más raudo y prudente que el anterior.

Olía a café pasado recién hecho, mi ñaño no había perdido la habilidad de preparar un buen café. Mi madre estaba sentada en el recibidor, con la mirada perdida en el infinito y un gesto de indiferencia afectiva demoledor. Al verme pareció esbozar media sonrisa incongruente con su lenguaje corporal.

—¡Hola, madre! —dije con entusiasmo y sincera ternura.

—¿Quién eres? —inquirió ella casi sin inmutarse.

—Soy yo, soy Dolores ¿no me recuerdas?

No me miró, se refirió a mi hermano que en ese momento salía de la habitación, le gritó enojada, increpando:

—Oswaldo, ¿no te dije que no trajeras extraños a la casa?

—Madre, ¿seguro que no la recuerdas?, ella es mi ñaña, tu hija, Dolores, María...

En ese mismo instante sonó mi celular, me extrañó porque no suele haber cobertura en la zona, automáticamente sonó la melodía que acababa de añadir la semana pasada:

*Mi madre es pequeñita
igual que una violeta,
lo dulce está en su alma.
el llanto en el adiós,
Es dueña de mis sueños,
aunque no soy poeta,
los versos a mi madre
me los inspira Dios...*

La melosa voz de Julio Jaramillo resonó como una melodía de resucitación para mi mamá que entonó algunos versos de la canción, respiró profundo, suspiró y dijo en un grito ahogado:

—¡Hija mía!

—Quédate en casa, siéntate sobre mis piernas que te contaré un cuento.

Imaginaciones de Soledad y Manuel

Imelda Guillermina Guillén Torres

Mención de honor

Quingeo, 23 de abril de 2021

Manuel es un niño de siete años de edad, vive en Guarango, un sector perteneciente a la parroquia rural de Quingeo. Su madre vive con él y su pequeño hijo de tres años de edad. El padre de los niños viajó al extranjero y no se supo de él hace ya dos años. Soledad se cansó de esperar; ahora se dedica al cultivo de sus tierras con pequeños huertos que, junto con Manuel, siembran, el excedente de la cosecha ha podido vender en los mercados de la ciudad de Cuenca, productos como fréjol, sambo, achocha, arvejas y choclo, este es de temporada y está por salir a la venta. Pero Soledad se lamenta que esta semana no podrá llevar el producto a Cuenca porque el COE cantonal decretó el confinamiento y con tristeza le comenta a su pequeño que estas semanas no tendrán el pan ni el azúcar, porque no podrán vender los productos. Además, Soledad también tiene aves de corral que aportan con huevos, también tiene tres borregos que siempre juegan con Manuel y su pequeño hermano Nicolás; también cría cuyes y conejos de los que últimamente ha vendido algunos para poder, por fin, comprar la computadora para que estudie Manuel.

Soledad, a veces, se pone pensativa porque le viene los recuerdos de su esposo; a pesar que ha averiguado por todos los medios, no sabe nada de él, pero es Manuel quien le saca de esos pensamientos. Ella dice que Manuel es un ocurrido:

—Mamá, hoy la señorita profesora dijo que contáramos un cuento y le conté que siempre converso con el sol y la luna.

—¿Cómo es que conversas con el sol y la luna?

—Pues me siento y miro el cielo. Yo sé que el sol desde allá arriba nos contempla y calienta a todos, justo cuando abriga mi rostro le digo: «¿qué te pasa, sol? no me calientes mucho el rostro, porque me vas a quemar» y, ¿qué crees?, el sol me hace caso, y en ese momento se oculta tras de una nube y yo sonrío. Le quiero mucho a mi amigo sol.

—¿Y con la luna cómo haces?

—¿Te acuerdas que, antes de ir a dormir, yo siempre salgo y te digo que voy a vigilar a los borregos para que nadie los lleve?, es en ese momento que miro al cielo y veo la luna rodeada de estrellas que brillan mucho. Me quedo contemplando y, de pronto, me concentro más en la luna. ¿Sabes, mamá? La luna brilla mucho, le pregunto siempre si allá donde ella está hace frío y es como si tuviera ojos y me hiciera un guiño, a veces le canto canciones, esa del borreguito murungo, y, sentado junto a los borregos, miramos cómo la luna juega con las nubes, se esconde; cuando camino, parece que caminará junto conmigo.

—Hijito, la luna y el sol no hablan.

—Mamá, yo sí converso con ellos, igual con las estrellas y las nubes; ellos responden moviéndose o guiñándome los ojos, en cambio las estrellas me responden titilando.

—Eres un loquito que te imaginas cosas que no son.

—Mamá, ¿este fin de semana ya no comeremos el pancito de Cuenca?; tú dijiste que ya no hay cómo salir a Cuenca porque está el virus.

—Hijito, es peligroso salir a Cuenca: en la radio y televisión dicen que, donde está mucha gente, es posible el contagio.

—Pero, mamá, yo voy hablar con el virus.

—¡Ja, ja, ja!, ahora sí que ya estás loquito, ¿y qué le vas a decir?

—Primero quiero conocerle, si es así como los dibujos que nos indicó la profesora.

—¿Cómo es?

—Es redondo, de color verde, con muchas patitas; la profe nos dijo que esas patitas se pegan al cuerpo de las personas. Mamá, yo si voy a conversar con él.

—Y ¿cómo vas a hacer?, si por aquí no se ha oído que esté el virus.

—Pues, entonces, voy a imaginarme, así como hago siempre con mi papá.

Su madre, al escuchar a su pequeño hijo nombrar al padre, sintió tristeza y quiso decir que ella también conversa imaginariamente con su esposo, que le pregunta dónde está, si tal vez está en el cielo y que también les pregunta a las estrellas y a la luna si, tal vez, le vieron por ahí. La madre contuvo el llanto mientras cargaba en su espalda a su hijo menor y, tomando de la mano a Manuel, le decía:

—La próxima semana vamos a cosechar el miércoles, para sacar los productos a Cuenca el jueves y poder comprar el pancito que tanto te gusta.

Pasaron algunos días y Manuel estaba inquieto, quería contar algo a su mamá. Esta le vio y dijo:

—¿Qué quieres decir, Manuel?

—Mamá, ya me imaginé al virus: es demasíadamente pequeño, pero sí pudo responder a mis preguntas.

—¡Ja, ja! ¡Manuel! ¡mi querido Manuel! ¿Qué te dijo?

—Me dijo que quería ser mi amigo, que si podría darle cabida en mi pequeño cuerpo; yo le dije que sí. Mamá, ¿sabes? No tiene cara de malo, y le dije: «¿vas a entrar por mi boca?» Me dijo que sí, y que vamos a ser compañeros, que él me va a cuidar y que yo también le voy a cuidar a él; mientras conversaba me acordé de un sueño en dónde él se hacía grande y me ayudaba a coger a los borregos. ¿Te acuerdas, mamá, que el otro día se soltó el borrego churudo?,

entonces yo soñé que el virus me ayudó a coger el borrego y los tres sonreíamos; ¡fue chistoso mamá!

Así pasaban los días esta pequeña familia, distraídos con las imaginaciones de Manuel y su mamá.

TRABAJOS SELECCIONADOS



Familia de girasoles. Por: Pippo Galeano. Técnica: acrílico sobre lienzo
Dimensiones: 80 x 60 cm.

Máscaras

Andrés F. Ugalde Vásquez

Clara miraba a su hijo, quieto, inmóvil frente a la vieja ventana por la que se colaba el ocaso. No había ciertamente juguetes. Eso era un lujo de los niños de aquella ciudad que, desde aquel pueblito encaramado en las montañas, se divisaba cercana y proyectaba esa sombra anaranjada sobre el negro inmenso de la noche, que suele ocultar las estrellas que ellos disfrutaban clarísimas. No, no había juguetes y, sin embargo, esos pocos lápices de colores y el pequeño cuaderno de dibujo que había comprado con los últimos pedidos de su humilde taller de costura, descansaban intactos sobre la mesa, inmóviles, ajenos a la vida, como parecía estarlo también el pequeño Tarso.

Dejando escapar un suspiro, se levantó de la silla en la que había pasado la tarde, frente a la máquina de costura, confeccionando algún vestido que hace rato no vendía. El silencio en la estancia, pesando un bloque de concreto, se interrumpía por el crepitar de unos maderos en los que Alejandro calentaba un poco de agua con azúcar a la que después le agregaría aguardiente.

Alejandro había sido, hasta hace poco, profesor de historia en un colegio de la ciudad, antes de que un recorte de personal, originado en la tremenda crisis de la pandemia, lo despoje de este trabajo con el que más que laborar, florecía. Hombre culto y amante de la lectura, solía verse ojeando algún libro de aquella nutrida e improbable biblioteca, dada la humildad del hogar. Lleno de anécdotas, de conversación erudita y poblada de citas históricas, había impresionado y enamorado a Clara hace casi veinte abril.

Clara se sentó junto a su marido y le tomó la mano. Guardaron silencio, un buen rato, contemplando y contemplándose a la luz rojiza de las llamas encendidas. Fue Alejandro quien rompió primero el silencio:

—Deberíamos hacer algo... —dijo para sí mismo, y contempló con ternura la figura inmóvil del pequeño Tarso, encerrado, hace tanto en sí mismo.

—¿Se te ocurre algo más? —dijo Clara— Ya sabes que los tratamientos...

Y no terminó la frase, para evitarse poner en palabras aquella dolorosa certeza.

Y no es que hicieran poca cosa. Ellos, junto al pequeño Tarso, habían peregrinado los consultorios de los doctores de la ciudad, incluyendo un costoso viaje a la capital, para consultar un especialista. Y tenían ya su veredicto: Tarso padecía de autismo y requería, cuando no, un costoso tratamiento que ellos, simplemente, no podían pagar.

Tal vez, hace unos meses, hubiera sido distinto. Clara hacía buen dinero en su oficio de costurera, y su taller era frecuentemente visitado por los vecinos. Sin embargo, desde que la pandemia había alcanzado también a los vecinos de Ashkauya, pequeño caserío de acuarela que dormitaba junto a la vertiente de unos de los ríos que cruzaba la gran ciudad, las cosas habían mutado a esta extraña realidad que los obligaba a cubrirse el rostro y les arrebatava la posibilidad de leer lo que se dice más allá de las palabras, poblando las calles de rostros vacíos de expresión. Rostros lejanos que, dolorosamente, le recordaban a su propio hijo.

—No podemos... —repetía Clara— No podemos pagar. No he logrado vender nada en semanas. Los vecinos ya no compran vestidos ni camisas. Nada, salvo las mascarillas...

—¿Mascarillas? —Interrumpió, pensativo, Alejandro— Masc... ¡Eso! —gritó levantándose del asiento— ¡Máscaras! Vamos a hacer máscaras.

Clara lo miraba sin entender. Pero Alejandro siguió, casi ajeno a la sorpresa de su esposa y a un al pequeño Tarso, que se había girado y los contemplaba en silencio.

—Mira —dijo Alejandro, mientras sentía que el profesor de historia despertaba, tomaba la tiza y se aclaraba la voz— la historia de la humanidad —decía— está repleta de máscaras. Máscaras para la paz y la guerra, como lo hacían los Samurái del Japón milenario. Máscaras para los actores que poblaban los tablados de Roma y Atenas. Máscaras para investir a los hechiceros y sumos sacerdotes en los ritos sagrados. Máscaras mortuorias para la larga caminata hacia la nada. La máscara de hierro que salvó a Francia en la pluma de Alejandro Dumas. Sí, nada bello o importante a ocurrido jamás sin usar una máscara...

Y Clara empezaba a comprender. Tal vez será —reflexionaba para sí misma— que los rostros humanos dicen demasiado o no dicen nada. Y por eso los ancestros preferían reemplazarlos con arte. Pero nuestros tiempos fueron distintos. Las máscaras entraron en decadencia y quedaron relegadas a los operarios de las fábricas y los bandidos de los cuentos. Y nada más, hasta que esta incomprensible pandemia nos sumergió en una nueva y bizarra realidad, que nos obliga, nuevamente, a cubrirnos el rostro.

—Pues bien ¡sea! —dijo Clara elaborando la idea— si eso es lo que nos toca, entonces que cada quien elija el rostro que más le guste. Uno distinto para cada día, para cada estado de ánimo. Un rostro para llorar y otro para reír. ¡Un guardarropa repleto de máscaras! Una para cada ocasión.

Y entonces, sin saber bien por qué, Alejandro sacó de un viejo baúl un par de máscaras que le quedaban de algún viejo proyecto estudiantil. Era la máscara del Diablo Huma, cuyas dos caras miran simultáneamente el futuro y el pasado del mundo andino. Se acercó a Tarso y, suavemente, enfundó su cabeza en este rostro prestado, mientras Clara acercaba un espejo. Y quién sabe si fue cosa de magia o locura, pero el milagro ocurrió. El pequeño Tarso saltó de su silla y comenzó a caminar por la habitación. Riendo. Cantando. Hablando e inventando historias, juegos y ficciones. Dejando fluir, como un

manantial, todas aquellas palabras que se habían acumulado en ese dique de ausencia y silencio.

La noche se había convertido en una fiesta. Y el alba, cercana ya, encontró a Clara sentada frente a vieja máquina de costura, ocupada, febril, dedicada a la confección de máscaras de todo tipo. Unas para Tarso, desde luego, y otras, otras más para los vecinos. Máscaras para pintar sonrisas en los rostros de los oficiales. Máscaras para imprimir tolerancia en el rostro de los sacerdotes. Máscaras para darle esperanza al rostro del campesino. Y máscaras transparentes, esas sí, para el rostro de los políticos. Máscaras, miles de máscaras. Máscaras para todo el pueblo. Para usarlas, ahora, mientras dure esta extraña realidad. Y para esperar juntos el día en el que puedan quitárselas, todos a un tiempo, para mirarse nuevamente, y reconocerse. Y aceptarse...

Mi mamá, una sobreviviente

Carlos Segarra Ramos

Gracias por la oportunidad de poder dar a conocer la historia de mi madre, de su valentía y su fuerza en esta pandemia.

En este resumen les voy a contar sobre mi madre y su historia de vida, su bello nombre es Susana Ramos Jiménez, nacida en Machala el 7 de abril de 1981; su estado civil, divorciada hace 14 años. Admiro mucho el haberme sacado adelante por sí sola, siendo madre y padre para mí, inculcándome principios y valores, soy lo que soy gracias a ella.

Todo empezó hace más de un año al inicio del confinamiento por la Pandemia por covid-19 en Ecuador, por el que se suspendieron clases, eventos masivos, viajes y muchas cosas a las que estábamos acostumbrados a realizar, lo cual fue catastrófico y nos cambió la vida.

En el mes de junio del año 2020, Lenin, el esposo de mi madre, se contagió de covid-19, sus pulmones colapsaron y fue internado en el Seguro Social de Machala, varios médicos indicaban pocas posibilidades de poder recuperarse. En hora buena, después de 15 días con oxígeno, tuvo el alta.

Mi madre cuidaba de él antes que sea ingresado en el hospital, por lo que también se contagió de covid-19. En ese momento todo se tornó preocupante, ya que en las noticias se escuchaba de muchas personas fallecidas por todo el mundo, no se sabía mucho del virus, era un miedo desalentador y muchos pensamientos rondaban en nuestras cabezas. ¿Qué se podía hacer? ¿Y si sucedía lo peor? Cada día los síntomas aparecían y sus pulmones se estaban comprometiendo cada vez más, pero gracias a Dios no llegó a mayores, no fue internada, pero tenía que ir al hospital seguido a recibir medicamentos fuertes para poder tratarse en casa, con todo esto pudo salir adelante.

Yo no fui contagiado ya que tuve mucho cuidado y permanecí en cuarentena en la casa de mi abuelo materno. Pero siempre estuve pendiente en forma de llamadas para poder comunicarme con mi mamá y proveerle lo que necesitaba.

Durante este tiempo mientras mi mamá se seguía recuperando, empezó a sentir una sensación de molestia y dolor fuerte en su seno izquierdo, meses antes de su contagio (febrero), ella se detectó manualmente una pequeña bolita en su seno izquierdo y en ese entonces el médico le indicó que no era nada grave.

En virtud de que los médicos no atendían normalmente, mi madre no pudo recurrir nuevamente con su doctor, transcurrieron los meses, y, en septiembre del mismo año, logró obtener su cita médica. El médico, al realizar el chequeo del seno izquierdo, se percata que hay un gran bulto. Procede a realizar una biopsia con inyección y envía la muestra a patología. Luego de una semana de espera, la secretaria del doctor comunica que se retire los resultados de la biopsia.

El resultado «positivo para células malignas», noticia muy desgarradora para mí, para mi madre y para todos quienes compartimos su día a día. Llena de llanto y preocupación, ya que se imaginaba lo peor, el doctor supo manifestar en ese momento que tenía que tratar con un oncólogo clínico, pero todo lo que había en el corazón de ella era mucha tristeza y dudas, como por qué el doctor no pudo detectar esto a tiempo. Esa era la pregunta que se realizaba todos los días. Al día siguiente, ir con el oncólogo clínico le corroboró el diagnóstico: tenía cáncer de mama estado 3.

Al siguiente día, viajó hacia la ciudad de Cuenca para realizarse algunos exámenes de forma particular con el Dr. Santiago García, de la clínica Santa Inés. Luego de realizar todo el proceso, pudo corroborar el tumor de 8 cm en su seno izquierdo. En vista de que por la situación económica no podía seguir con el tratamiento particular, lo realizó mediante el Seguro Social de Cuenca, empezando con sus quimioterapias, siendo muy doloroso para mi madre ver cómo, poco

a poco, se caía todo su cabellito. Estaba muy débil, todo su cuerpo empezó a cambiar, bajó mucho de peso, sentía náuseas, vómitos, sus uñas se caían, el alejamiento de Lenin, ya que no era igual la relación entre ellos. Su dolor era mío también: verla frágil, siendo ella siempre muy fuerte, a todo esto, sumar la ineptitud de un Seguro Social obeso de indolencia para sus afiliados.

Empezamos la dura travesía de conseguir cuatro vacunas muy costosas, cada una con un precio de \$ 3.000, dinero con el que no contábamos en ese momento.

Mi madre, en su angustia y desesperación, acude a sus amigas de toda la vida, quienes sin dudarlo empezaron a organizarse, junto a mi tía Liliana, realizando actividades varias, venta de comida, venta de colada morada, rifas, venta de panetones... Sin duda alguna, Dios siempre presente guiando a cada una de ellas para conseguir lo prometido, brindar a su amiga en necesidad una *esperanza de vida*.

Luego 7 meses de lucha continua y habiendo terminado todo el tratamiento de quimioterapias, mi madre tenía que ser sometida a una mastectomía de su seno, ya que el Seguro Social no podía operarla porque estaba muy colapsado por casos de covid-19, tenían que transferirla a una clínica o a Solca. En sus oraciones pedía que la transfirieran a la clínica Santa Inés, donde se hizo revisar al principio.

Al momento de ir a solicitar su transferencia, le indican que iba a ser transferida a la clínica y con el doctor que ella tanto anhelaba, lo cual la hizo muy feliz y le inyectó más fuerzas para continuar.

El 26 de marzo del 2021, llegó su ansiada cirugía, transcurrieron largos y dolorosos días de recuperación; posterior a esto, tuvo que realizarse exámenes que demostraron que el tumor habría desaparecido por completo. Al revisar esto, el doctor quedó impactado; lo que mi mamá llama un «milagro», ya que ella se acercó mucho a Dios en todo este proceso. Igualmente, el doctor recomendó realizar la mastectomía radical, lo cual causó depresión a mi mamá y, poco a poco, se fue recuperando. Luego de unas semanas, llegó la buena noticia de que

en el resultado de patología se descartó presencia de neoplasia residual, por lo que el doctor indicó que su cáncer había desaparecido. Todos estamos felices con ese logro. En la actualidad, mi mamá se encuentra realizando radioterapias y controles médicos que recomendaron.

Héroes sin capa

Cristina López

Crecí en una familia acomodada, tuve mi educación en los mejores institutos del país y disfruté de un sinnúmero de beneficios gracias a la vida que mis padres me dieron. Todos me conocen como «Chelo», aunque mi nombre de pila es Graciela. Tuve la fortuna de conocer a un hombre que me amó tanto como yo a él. Pasé los mejores años de mi vida junto a Felipe, y a ese hijo que nuestro corazón decidió tener. Recuerdo aquel invierno como si fuese ayer, faltaba una semana para Navidad y el deseo de conformar una familia se hizo presente a fuego en el corazón de mi esposo y del mío. Cuando conocí a Daniel, hubo una conexión que nunca pude explicar en palabras. Tan frágil y tímido, pero con una mirada llena de luz. Cuando hablé con él, yo le pregunté varias cosas, y fue una de sus respuestas que me llamó la atención: si pudieses pedir un deseo a Dios, ¿cuál sería? Su respuesta fue: «ser un superhéroe». Felipe y yo supimos de inmediato que él era el indicado. No dimos nuestro brazo a torcer hasta que se nos otorgó la adopción de Daniel. Así que, para esa Navidad, él estaba sentado a la mesa junto con nosotros, cenando pavo y bebiendo rompope. No teníamos recuerdos en común, pero sentía que nos conocíamos de toda una vida.

Daniel empezó su vida escolar y fue diagnosticado con una discapacidad de aprendizaje: dislexia. Hecho que permitió unirnos más como madre e hijo. Fueron varias tardes y noches de clases personalizadas con tutores especialistas en el tema. Al final, mi pequeño hijo logró superar esa etapa e increíblemente fue un estudiante extraordinario.

A los 5 años de haber estado viviendo con nosotros, mi esposo falleció. Los médicos dijeron que fue una insuficiencia cardíaca, pero luego se

determinó que fue un paro respiratorio. Siguieron años muy duros para Daniel y para mí. Asumí la dirección del negocio familiar; nunca antes había manejado una fábrica de cigarrillos y tuve que aprender.

Me perdí ciertos festivales de la madre y presentaciones escolares. A pesar de ello, mi hijo jamás juzgó esas falencias, siempre vio mis sacrificios, mis esfuerzos en búsqueda de salir adelante en medio de la desolación que había dejado Felipe.

El tiempo no se detuvo. Mis cabellos empezaron a tener esas tenues líneas blancas, mi frente y mis manos tenían surcos producto de la edad. Mi cara estaba adornada con grandes anteojos; esto de las incontables noches que amanecía leyendo un libro mientras esperaba la llegada de Daniel. Él estaba estudiando Medicina, casi no lo veía en el día. Solo teníamos ese lapso de tiempo cuando llegaba y venía hasta donde mí para abrazarme.

Luego de graduarse, Daniel se mudó a la parte este del país. Había conseguido su primer trabajo en un hospital rural. Su abnegación hizo que muchas familias lo quisieran como si fuese uno más de ellos; incluso, yo fui invitada varias veces a pasar en ese cálido lugar.

Tanto mi hijo como yo reunimos muchos recuerdos felices de esa época.

Años después, habían solicitado a Daniel regresar a trabajar en la ciudad. Él fue reclutado como cientos de jóvenes del país para trabajar en primera línea en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Para todos los que transitamos en el año de 2020, fuimos testigos de algo sin precedentes. Tuvo su origen en Wuhan, China, y empezó a expandirse de forma descomunal alrededor del mundo. A mediados de agosto, ya había casos confirmados en el país y no tardó en llegar a nuestra ciudad.

Un día de septiembre, estaba terminando de preparar mi cena, al comer no sentía gusto y no percibía los olores de los alimentos. A la mañana siguiente, las cosas empeoraron. No pude salir de cama; tenía

un estado febril elevado. Aunando mis endeble esfuerzos, logré dejar un mensaje a mi hijo con la esperanza de que pronto viniese por mí.

Mi conciencia se nubló y solo recuerdo haber despertado en la cama de un hospital con un tanque de oxígeno que permitía regular mi respiración. Hasta la noche pude ver a Daniel. Él pedía que no haga esfuerzo al hablar, y creo que fue lo mejor. Solo hubiese dicho lo asustada que estaba de toda la situación y lo que presentía que pasaría. No quería preocuparlo, él ya tenía sus propios problemas trabajando día a día frente a ese masivo contagio por aquel virus cuyo nombre no mencionaré.

Habían transcurrido ya dos semanas desde mi internación en el hospital. La parte bonita siempre fueron las visitas de mi hijo. Trataba de quedarse todo el tiempo posible conmigo. En sus ojos estaba la angustia de sus demás pacientes. Había días en que notaba rastros de lágrimas en su joven rostro. Temía, y temía mucho que de llegarme a ir de este mundo él se quedaría solo nuevamente.

Tenía el corazón como el de una madre que siente el miedo correr por sus venas, esperando lo peor. Pero con esa fortaleza que nos caracteriza a nosotras, las madres, tomé aliento y con la ayuda de una gentil enfermera pedí un papel y lápiz. Pude débilmente escribir un par de líneas, que, aun siendo pocas, sabía que las recordaría por siempre...

Cuando el reloj del final del pasillo de cuidados intensivos marcó las 05:26 de la mañana, el 22 de septiembre del 2020, mis pulmones dejaron de funcionar. El oxígeno artificial no ingresó más por mi nariz. Mi corazón y pulmones fallaron esa madrugada.

Antes de que cante el alba, la enfermera dio aviso a mi hijo. Tembló el mundo para él, y todo a su alrededor se desmoronó. No puedo describir su dolor ni el tiempo que le tomó encontrar levemente la calma. Cuando finalmente tuvo en sus manos esa nota que yo había escrito para él, supo que no podía seguir sumido en el dolor de su pérdida.

«Al verme devastada por la partida de tu padre, me dijiste “gracias”; porque te había salvado de vivir en ese lugar, por haberme sacrificado en tu educación y en tu bienestar. Me dijiste que solo me faltaba una capa. Esta noche, Dios me ha dicho al oído que cumplió tu deseo. Tienes un don y una responsabilidad para con tu prójimo. Debes seguir luchando contra ese mal que se ha asentado en el mundo. No olvides que desde aquí te cuidaremos en todo momento. Te amo mi pequeño gran superhéroe»...

Mamdemia

Dayana Oleas

«Cuarentena» y «pandemia», una de las dos palabras que de un día para el otro se volvió en tendencia.

Aquí va mi historia.

Mi familia se conforma de mi abuelita y mi hermana; mi papá y mi mamá migraron al país del norte cuando aún éramos muy pequeñas, por lo que no tenemos recuerdos claros de ellos. Actualmente cada uno tiene su nueva familia.

Mi abuelita, a quien le llamo «mami», es una persona de un carácter fuerte y firme, aunque también es muy cálida, amable y te da hasta lo que no tiene cuando hace falta.

Desde pequeña, recuerdo que nos ayudaba en los deberes hasta segundo grado de educación básica, porque ella tampoco sabía cómo ayudarnos, así que nos forzó a valernos por nosotras mismas, ahora ella ya es de la tercera edad, cursando con una enfermedad metabólica, *diabetes mellitus*, por lo que siempre está cansada o durmiendo o, cuando está despierta, está tejiendo.

Desde marzo de 2020, hemos tenido que pasar encerradas para evitar contagios, ya que ella pertenece a la población más vulnerable; sin embargo, se sabe escapar a comprar frutas y después entra a mi habitación en silencio, acercándose un vaso de capulí (una de sus frutas favoritas) o chocolates y, de la misma forma, hace con mi hermana; entra en silencio y se va en silencio.

Le había comentado que estaba saliendo a prácticas todos los días a las 2 de la tarde y mis padres no me contestaban cuando les dije que necesitaba para los pasajes, así que ella me dio cinco dólares que ella iba a usar para comprarse un suero porque muchas veces se deshidrata por la enfermedad que tiene; recuerdo que un día estaba

volviendo de prácticas y la encontré vomitando porque se había comido café en la calle, y mi primo de 5 años, a quien le estaba cuidando, nos llamó para que volvámos pronto a verle; pero afortunadamente se recuperó al siguiente día. Recuerdo que ese día mi primo dijo: «ya no me dejen con mi abuela, porque me da miedo que vomite».

Ella ha sido un gran sustento para nosotras, porque ella siempre ha velado para que no nos falte nada, inclusive ahora que mi papa no quiere pagarme la universidad porque la pandemia y cuarentena no le ha permitido trabajar, que, en vez de darme una solución, me dijo que me salga de la universidad; pero ella dijo que averigüe dónde hacen préstamos bancarios para ver cómo le hacemos para pedir.

Todos los días sabíamos almorzar juntas y, después de cada comida, ella prendía la tv y tejía hasta quedarse dormida; entonces, la tv siempre estaba encendida y, a veces, sabía irme a apagarla porque sabía estar en un volumen muy alto, ya que no ella no escuchaba muy bien; pero, de un día al otro, se fue, ya no había ruido en la casa, había hilos acumulados en una esquina de la cama y un tejido a medio finalizar.

Hace dos meses que ella falleció y me hace demasiada falta, siento que no pasé el tiempo suficiente con ella por estar enfocada en la universidad, pues trataba de postular para una beca para que ella deje de estar preocupada, sin darme cuenta que otra luz se estaba apagando.

Mi gran guerrera. Historia basada en hechos reales de mi vida...

Dayra Janela Vega Romero

El 19 de marzo de 2020, nos enteramos por la televisión que Ecuador entra a la fase de confinamiento por razón del covid-19, con esto cambia para siempre la vida de todos los ecuatorianos.

En la ciudad de Cariamanga, al sur de la provincia de Loja, mi familia y yo no somos indiferentes hasta este acontecimiento: ya, en agosto de 2019, la vida dio un giro impresionante al enterarnos que mamá Amparito tenía cáncer de páncreas, uno de los más difíciles de tratar clínicamente. Nos encomendamos a Dios e iniciamos todo lo que los médicos nos indicaron: vinieron dos cirujías, tratamientos mensuales y de estos se desprendieron secuelas como diabetes y pérdida de memoria. Jubilaron a mamá por su enfermedad catastrófica en mayo de 2020, en medio de la crisis sanitaria, recortaron su sueldo y papá no tenía trabajo; sentíamos que todo se nos iba de golpe. Aquel día nos sentamos en la mesa a agradecer por todos los 27 años que mamá se desenvolvió dignamente como maestra. Ella, con lágrimas de felicidad, nos abrazaba porque, al fin, iba a descansar y ya no tenía que preocuparse por sus responsabilidades laborales. Salió de entre sus compañeros, con todos los honores y aplausos.

Resulta más difícil la vida cuando tienes que lidiar con una doble amenaza de muerte: el cáncer y el covid-19 que, como un huracán, revolotea en todas partes llevándose a su paso gente tan querida. Pensamos que, para poder subsistir a esto, necesitábamos ayuda profesional; así fue, fuimos con el psicólogo clínico del Seguro, quien hasta la actualidad ha venido tratando a mamá y ha logrado mejorar su calidad de vida y emociones con las que todos los días debe lidiar. Unos días amanece sin dolor y en otras ocasiones tiene molestias,

pero ella es una gran guerrera de vida: veo cómo se aferra a luchar para quedarse aquí en la Tierra. Mamá dice que ella le pide a Dios salud para verme convertida en una profesional, solo entonces estará su alma en paz.

Con el pasar de los meses, tuvimos que despedir a la Señora que ayudaba en los quehaceres porque el dinero empezó a escasear y, por nada del mundo, queríamos exponer la salud de mi guerrera: mamá.

Papá y yo nos repartimos todas las tareas de casa, todo lo hemos venido haciendo con total amor, entrega y alegría, porque nos mueve mamá; todo esfuerzo es únicamente por ella. Desde aquel mayo de 2020, no hemos viajado ni salido a la calle con frecuencia: solamente cuando es imprescindible lo hacemos con todas las medidas de bioseguridad. Mucha gente, a veces, se nos burla porque usamos traje, doble mascarilla, protector facial y guantes; pero ignoran que tenemos un ser vulnerable en casa, un ser frágil a nuestro lado, al que queremos mantener como la joya más preciada.

Hasta ahora, mayo de 2021, no ha habido un solo contagiado en casa; familiares cercanos han fallecido y otros han salido victoriosos, pero desde mi hogar siempre estamos para alentar por medio de videollamada a todo aquel amigo o familiar.

De lo poco que tiene, mamá suele hacer canastas de víveres para las personas de bajos recursos económicos que, a causa del covid-19, atraviesan momentos difíciles. Luego, con los que realizan moto-mandados, hace llegar sus pequeñas ayudas.

Mamá es muy noble y generosa, dedica el tiempo que estamos en confinamiento voluntario a escribir un libro de superación, vemos series de televisión, solemos hacer picnic en la azotea, ella hace manualidades, remienda con amor nuestra ropa y se viste bonita todos los días, porque, a raíz de la latente amenaza de muerte, hemos aprendido a vivir plenamente cada día. Ella disfruta mucho, desde un desayuno juntos, hasta las largas pláticas nocturnas.

No ve noticias porque prefiere quedarse con el lado bueno del mundo. En las mañanas enciende un cirio por todas las guerreras que como ella luchan para escribir una página de vida cada día.

Mi madre es una súper estrella, porque brilla para darnos calor a papá y a mí; nos hace sentir vivos, y para nada resulta estresante este confinamiento porque hay un derroche de amor y calor familiar que hace que luchemos con todas nuestras fuerzas en este gran misterio llamado vida. En casa, todos los días se celebra a mamá, porque ella se merece todo. Mientras haya vida, hay esperanza y, cuando la muerte llegue, estará la satisfacción de haberlo dado todo por la infinidad del amor.

Mamá, la vida sigue

Doménica Idrovo García

Mamá, la vida sigue.

Sí, aunque parezca algo estúpido, pero es lo que he aprendido durante todo este año.

O lo que me has enseñado.

Porque durante todo este año te he visto, te he visto más de lo que te he visto en todos estos 19 años que comparto contigo.

Todavía lo recuerdo, tus marchas imparables a las 6 de la mañana para dejar el uniforme listo y nuestras mochilas arregladas para que no olvidemos algo. Recuerdo verte correr por las calles del barrio en las tardes cuando regresabas del trabajo y recuerdo verte sentada en tu escritorio con las tareas para calificar.

Tal vez lo único que ha cambiado es nuestra edad y la tuya. Ya que, a pesar del tiempo en el que estamos, la única diferencia que encuentro entre esas dos épocas totalmente diferentes es que estás tiempo en casa.

Estás en casa, pero aún te veo inalcanzable. Aún te veo como algo que nunca tendré y que tal vez solo merezco apreciarte desde la lejanía.

Mamá, te amo. Pero es terrible despertar y que lo primero que escuche sea el «Buenos días, niños», o que tal vez me levante un poco más tarde y escuche cómo hablas de la multiplicación y cómo nos ayuda en nuestro diario vivir.

Sé que te es difícil porque tienes la constante presión de tu rectora por hacer las cosas bien, sé que es tu trabajo educar a tus niños y ayudarles en su larga travesía por este camino llamado estudio.

Y sé que tienes fe en que tus hijos sabrán ser responsables con sus estudios y sabremos darte solo buenas notas. Sé también que, cuando

estás en una reunión, hay que reír despacito, caminar lentito y sacar a la gata con cautela, aunque a veces ella maúlla y pues ya se torna una misión imposible, ¿a que sí?

Las tardes normalmente suelen ser las mismas, almorzamos con la agradable interrupción de algún padre de familia o tal vez de los mensajitos de voz que tus alumnos mandan porque no entienden el deber. Mi hermano lavará los platos rapidito porque en cinco minutos tienes reunión con las profes del subnivel y no hay sonido más molesto que el de la loza al ser lavada. ¡Uy!, y mejor ni hablar de las ollas.

En las tardes llenas de reuniones, te haré un cafecito y te quejarás porque está muy caliente y yo te diré que el café se toma caliente y tú me regalarás una mueca y luego una sonrisilla porque te ha hecho gracia el chiste.

En la noche yo tengo clase, así que no te veré hasta el día siguiente o, si tengo suerte, te encontraré sentada en el sofá haciendo aún el material para el día siguiente. Los fines de semana son de planificación y de calificar deberes del Classroom, te dedicas a tus plantitas y a la limpieza de la casa mientras los tres nos quejamos por lavar la ropa o por bañar a la gata. Nos mirarás enojada y luego nos dirás que es una responsabilidad que hemos aceptado y que debemos cumplir. Y vale, tiene sentido.

Pero, mamá, te has vuelto un *zombie*. Sí, mamá, y es aterrador.

Solo te falta ser de color verde y moverte despacito para ser un *zombie* de verdad.

Porque siempre sigues la misma rutina, siempre contestarás las llamadas de los padres de familia o de alguien más, aun cuando estábamos charlando o viendo una película. Hablarás de lo que hizo tu alumno y te ha hecho gracia o te ha hecho enojar. Nos dirás que la situación cada vez está peor y que pidamos solo lo necesario porque no tenemos para lujos y mucho menos para gustitos.

Mamá, la vida sigue porque no puedes hacer nada para detener esta pandemia. Yo sé y entiendo lo mucho que anhelas volver a las aulas, lo mucho que extrañas ver a tus alumnos frente a frente y los cálidos abrazos que te daban. Lo sé.

Lo sé porque también lo extraño.

Pero, mami, eres solo una humana, por más que lo intentes, no puedes cambiar el mundo, somos solo humanos jugando a ser Dios.

—Tal vez nos vacunen pronto y el retorno a las aulas será progresivo, claro que la jornada será semi presencial —comentas, mientras te miro dar la clase de ciencias desde el sofá con un libro que te rehusaste a comprar pero que obtuve de todas formas—. Habrá días en los que tendremos clases en el colegio y otros en los que usaremos Zoom.

—¿Y seguiremos usando la mascarilla, hoyitos? —pregunta cómo siempre la curiosa de Antonella.

—Puede ser, hay varios médicos que dicen que la mascarilla será nuestro nuevo accesorio —Muestras la bonita mascarilla que siempre tienes a tu lado.

—¡Pero es incómodo y me duelen las orejas, profe! —Paúl siempre se queja y siempre te ríes.

—Ya, pero es una manera de protegernos y evitar el virus.

—¡Profe! —y cómo no, Esteban, el niño que siempre te interrumpe— ¿Sí le dije mi abuelita tiene en su casa 17 perros?

—¡¿Tantos?! —Te haces la sorprendida a pesar que te lo ha dicho desde el inicio del año— ¿Cómo mantiene a tanto animalito?

—Ni idea. ¡Pero dice que son para evitar a los ladrones!

—¡Uy!, pues no sé cómo irle a visitar con tanto perro.

—¡No muerden, profe! —Se queda pensativo— Bueno, uno que otro sí, pero es una mordida chiquita. ¡Le duele un rato, pero luego le pasa!

Y me miras feo porque me río, y tus alumnos me han oído y te empiezan a preguntar por tus hijos.

—¿Cuántos hijos tiene, profe?!

—¿Son de nuestra edad?

—¿No tienen clases?

—¿Podemos verles?

—¡Profe, ya se acabó la clase!

Mamá, la vida sigue, siempre lo decías y hoy más que nunca lo entiendo, porque quizá no cambiaste el mundo, pero cambiaste el mundo de tus alumnos y el de tus hijos, de la manera más bonita posible, con tus juegos extraños, tus raras manías, tu bonita forma de enseñar, tu risa aterciopelada y aquellos hoyuelos que te caracterizaban. Porque, aunque no estés aquí, te veo en cada rincón de la casa, ya no veo a un *zombie* mamá, veo a la mujer que fue la maestra más dedicada en el mundo a pesar de la pandemia, quien, a pesar de su dificultad para respirar, siempre sonreíste y seguiste hablando con tus niños y riéndote de sus ocurrencias.

Porque, mamá, la vida sigue, aunque dejaste un vacío en nuestros corazones y en las aulas, porque no me explico el virus pudo ganarles a tus ganas de vivir y de seguir enseñando.

Mami, la vida sigue porque hoy más que nunca, a tus alumnos y a tus hijos nos hará falta, siempre, la profe Hoyitos.

María y sus manos callosas

Freddy Marcelo Ortega Mizhquiri

Érase una vez, una mujer luchadora, con ojos brillosos color azul, corazón de guerrera y alma de madre. Todos los días salía a buscar el pan de cada día para su maravilloso hijo Emanuel y su esposo Manuel, quien padecía de cáncer. Ante ello, en medio de la crisis económica de su familia, decidió salir a buscar trabajo: por diversas situaciones, no logró conseguir empleo, principalmente por la pandemia del coronavirus. Su mejor habilidad en el campo laboral, cocinar, pero los restaurantes estaban en quiebra; su mejor arma para ganar ingresos económicos fue desechada.

Muchas opciones laborales no le quedaban, en realidad ninguna; por ende, decidió emprender, junto con su esposo Manuel, elaboraron una maravillosa carreta, la única bicicleta que había en el hogar fue usada como base, el resto fue construida de madera. Entonces, un lunes del mes de abril de 2020, se levantó a las 4 de la madrugada a realizar unos deliciosos morochos y empanadas. Aproximadamente a las 6 de la mañana, tomó su carreta y emprendió rumbo; su único objetivo, vender. Comenzó a recorrer los lugares céntricos de la ciudad de Cuenca, «La Atenas del Ecuador». En su primer día, no le fue tan bien: solo logro conseguir 5 dólares de ganancia, su desgaste físico fue impresionante y notorio, su rostro quemado, sus manos callosas; pero, a pesar de ello, con ese dinero aprovechó para comprar leche para su hijo.

Al siguiente día, tomó la misma iniciativa, pero cambió de ruta; decidió ir por los lugares exteriores al centro de la ciudad. Le costó doble trabajo, puesto que su casa (arrendada) estaba ubicada en las calles Hermano Miguel y Sangurima. Recorrió largos caminos. Al finalizar el día, le había ido un poco mejor. Tuvo para comprar los productos para elaborar los alimentos del siguiente día, una paca de pañales para

su bebé y unos medicamentos para su señor esposo. Al llegar a la casa, a las 9 de la noche, comenzaba con asear a su hijo, realizar la cena, y otros quehaceres domésticos. Su día terminaba a las 11 de la noche con una ducha; luego a dormir, que el siguiente día a las 4 de la mañana comenzaba una nueva odisea.

Transcurrió así varios días, semanas y meses, cada día iba ganando más clientes. Llegó el mes de agosto, con unos ahorros que le quedaron de sus ventas decidió alquilar un local para ponerse un restaurante y comenzó con su negocio, realizaba todo tipo de comidas, cada vez más personas eran clientes de su sabrosa sazón.

Después de varios días por su contacto directo que tenía con sus clientes, lamentablemente se infectó del coronavirus, cerró su local y con los ahorros que tenía logró poner ese dinero en las manos de su esposo para que vele por los intereses de su hijo. Se confinó, estaba con varios medicamentos, pasó 14 días con dolores fuertes, fiebre y tos intensa. Hasta que logró recuperarse.

Su temple de mujer valiente y sus ganas de salir adelante por su familia le hicieron que nuevamente salga por lo que había empezado, su negocio. Le costó varias semanas recuperar a sus clientes, tuvo que laborar el doble, innovando el local, promocionando el mismo; sus días eran interminables.

Pero llegó un día iluminado, un tal 10 de octubre, que el sol salió solo para ella, pues una reconocida compañía limitada que se dedica a la fabricación de todo tipo de tubos sanitarios en la ciudad de Cuenca le contrató para que, mediante su local de comida, venda almuerzos.

La fábrica le ofreció pagar 400 dólares semanales, ya que el restaurante debía brindar la comida todos los días a un aproximado de 40 colaboradores de dicha empresa. Ella, sin duda alguna, lo aceptó, firmó el contrato y empezó.

Por los clientes fijos y los nuevos que se iban sumando a su local de comidas, tuvo que enseñarle a cocinar a su esposo; tenía que

colaborar con su emprendimiento. Manuel, con todo el ánimo, comenzó con el arte culinario y su hijo quedó al cuidado de sus abuelos.

Sin duda alguna, la vida de María comenzaba a tener mejor calidad, en los aspectos económicos y sociales. Después de un tiempo, decidió contratar dos personas para que trabajen en su restaurante.

Al día de hoy, puede costear los estudios de su hijo, su alimentación, salud y vivienda de forma digna; su esposo tiene para sus medicamentos, cada día está más cerca de superar el cáncer, y María cada vez es sinónimo de lucha y constancia en tiempos difíciles.

Aunque no gane, la mujer sigue luchando

Jordi Cuenca

Era una tarde oscura y llovía mucho, los gemelos Rowling querían salir a jugar con los vecinos como todas las tardes en la calle, con sus zapatos rotos y con el balón prestado del casero. Pero notenían el permiso de sus padres que habían salido al supermercado a comprar los víveres para la semana. Ander, el hermano mayor, por 5 minutos como decía él, no estaba contento con lo que había pasado. Cansado de ver la televisión, se levantó del sofá y se acercó a la mesita de noche de la cama de sus padres, buscando la llave de emergencia para abrir la puerta que sus padres habían asegurado antes de salir. Estaba revisando los cajones llenos de joyas y recuerdos, y encontró una carta azul oscura, con un sello color granate que llamó su atención; tal era su curiosidad, que decidió leer el contenido que decía: «Buenas tardes, señora Khan: es un placer poder establecer contacto con usted, el contenido de este mensaje tiene una serie de pasos específicos que le depararán al destino de su próxima misión».

El chico se sorprendió al leer este mensaje y se dio cuenta que su madre no solo trabajaba para el gobierno como ella les decía, sino que trabajaba para la inteligencia. No encontró ningún mensaje oculto, ningún código, ni número y no entendía de qué manera llegar a la misión que la carta mencionaba. Simplemente, después de tratar de acercarla a la ventana en busca de un reflejo o alguna señal, girar las palabras o intercambiar letras para descifrar el mensaje, no encontró ningún resultado. Dejando todo de lado y ya tratando de olvidar el tema del mensaje oculto, se dio por vencido, y, sin ánimos de escaparse de casa, lo arrojó al suelo mientras iba a por su hermano para pasar el tiempo.

Raúl, el hermano, se dirigía al baño cuando se encontró la puerta de la habitación de sus padres abierta y se sorprendió al ver que todo el

suelo estaba mojado, al parecer habían dejado la ventana abierta, y todo estaba empapado. Cerró la ventana y fue a por una fregona al baño, para secar el desastre que se había hecho en aquella habitación. Estaba limpiando todo, cuando observó una hoja tirada llena de agua con marcas muy extrañas en ella, parecía un mapa con una serie de números que no comprendía qué eran. Fue tanta la confusión y el desentendimiento, que fue y lo consultó con Ander, que estaba escuchando música y, al ver que Raúl se acercaba, se quitó los cascos para lograr entenderlo; se quedó sorprendido por lo que estaba viendo. Tenía las coordenadas y el lugar exacto donde su madre se encontraba, pero no sabía qué debía hacer en ese momento. Decidieron ir en busca de su madre y, sin miedo a las consecuencias, metieron a la mochila un par de cantimploras, linternas, el dinero que guardaban en las huchas, comida y ropa.

Eran las 3 de la tarde y, por suerte, había bajado la lluvia, el destino estaba a unas 7 u 8 horas en el autobús que debían tomar. Así que pensaron en esperar al último que salía para dormir en el viaje y llegar apenas amaneciese. Y así fue, llegaron hambrientos y, al saciar sus necesidades, continuaron su recorrido hacia las montañas. Al llegar al lugar que el mapa indicaba, no encontraron nada, solo árboles y hierba, tal cual como hacía 30 minutos cuando se adentraron a la montaña. Se sentaron sin esperanzas de conseguir reunirse con su madre y, a cientos de kilómetros de casa, cansados y con los ánimos en el suelo, caminaron de vuelta a por el autobús que los llevaba a casa. Estaban por salir, cuando un almacén explotó y la gente salió al rescate de los heridos y la gente que yacía en el suelo. Sin pensarlo, ellos fueron a ayudar a aquellas personas heridas; pero justo una camioneta oscura y con vidrios negros se cruzó delante de ellos y los capturó.

Resultó que eran el grupo de élite de la fuerza de inteligencia, comandada por su madre. Sin darles detalles, el director les explicó que su madre se encontraba en una misión muy delicada, que podría

salvar las vidas de millones de personas. Descontentos por la falta de ayuda que ellos podrían brindar, comenzaron a plantearse la brillante idea de robar información de la base donde encontraban, para entender más la situación. No fue fácil, pero se infiltraron en la sala de operaciones y comenzaron a rebuscar entre los papeles apilados en la mesa grande, encontraron fotos y documentos especificando de un virus muy peligroso llamado «*COVID-19*», de índice pandémico muy elevado y viral, que podría erradicar la vida en la Tierra en meses.

De repente, las puertas comenzaron a cerrarse y comenzó a sonar una alarma de emergencia. Llegó el director y comenzó con una sonrisa y risa, le costó mucho trabajo aplaudir las agallas y la destreza de los jóvenes por haberse infiltrado en una de las habitaciones de la base con más seguridad. Seguido a esto, debido a la información que ya conocían, el director les brindó todo el apoyo necesario para que ellos pudiesen controlar cada movimiento de su madre, y, complementando con tecnología muy sofisticada, lograron ayudar en la misión, por el frasco verde, el que contenía el virus totalmente peligroso.

La madre logró capturar y derribar la compleja red de criminales que dieron lugar a la pandemia mundial, que estaba a punto de comenzar. Sin respuesta alguna, el virus fue liberado y comenzó la peor tragedia en años, un virus que ataca a millones de personas, dejando delado cualquier raza, cultura, género o color. Se desencadenaron muertes, contagios, devastadoras historias y luchas de estados mundiales por una vacuna que cure la enfermedad.

A pesar de tanto esfuerzo, sin importar que tanto se sacrifiquen las madres y piensen en cuidar a la familia, la responsabilidad es nuestra, el respeto y la valoración a sus esfuerzos deben ser del resto de personas que tienen una madre y se preocupa por ellos. Ahora mismo, vivimos una situación tan delicada que no cae en manos de nadie, a pesar del esfuerzo de tantos médicos por salvar vidas, de tantos policías y militares que controlan el actuar de la población y de las

personas que mantienen a flote cada uno de los países, la madre siempre está ahí para llevarte un vaso de agua caliente, de darte tus vitaminas, de hacer la comida, cuidar, comprar y amarte, sin importar la situación. Porque el amor de una madre no se puede comparar a nada, ni la pandemia ha sido tan grande para afectar al esfuerzo de una mujer por luchar y sacar a delante a su familia.

Un corazón de acero

Kelly Campoverde

Abre sus ojos mucho antes de que aquel rayo matutino atravesase su ventana. Momentos antes, tenía una cama velando su sueño y, ahora, mientras camina con dirección a la cocina, el viento frío va cubriendo su piel y este panorama se convierte en algo monótono que se repite como un ciclo cada mañana, como las abejas yendo siempre volando hacia la miel. Sin hacer ruido y pisando suave para que la tripulación de su nave no despierte aún, con visión de ave va cruzando por aquel sendero aun oscuro hasta que enciende la luz, su luz, su valentía de escuchar la sinfonía de aquel pajarito que silva su canto a las 5 a. m. todos los días. Ella no lo dice; pero, cuando muestra felicidad, a veces se contradice porque internamente se encuentra un poco herida y preocupada, porque ya va más de una semana desde que en esta casa va todo de bajada, el tarro de leche con las gotas contadas, para el recalentado no encuentra nada, la comida un poco desabrida, el pancito se acaba y, como así es la vida, aquí no existe hada que pueda cumplir sus deseos enseguida. Abrumada, mira hacia la ventana y, suspirando, pregunta a la nada: ¿cuándo la vida volverá a ser normal?, ya que hace dos años con recuerdos de antaño se sentía libre, era firme y no daba ningún cabeceo; y hoy, en el tiempo donde salir de paseo se ve feo y ponerse una mascarilla es normal, el tiempo donde un micro virus dejó en casa al mundo entero, lo veo y no lo creo que esto ha sido motivo de su desempleo. Sin embargo, aún con lo poco que hay, tiende su mejor sonrisa, ella tan sabia demostrándonos que no hay prisa y que no hay razón para no pensar que toda la riqueza está en el alma del corazón. Con delicadeza sirve una taza de café con dos de azúcar en la mesa, y siento que mi frente besa cuando nos llama a desayunar; entonces, solo entonces, veo que no todo está tan mal, en una pequeña morada donde el grifo de agua a veces gotea, la

familia unida siempre está y, aunque la molesto y me codea, la alegría entre nosotros no escasea. Me es difícil imaginar un rumbo sin ella, y no me quiero torturar al pensar que algún día por estos pasillos no retumbara más su voz; que madre para mí solo hay una y que, como un astronauta en la luna, deja huella, sabiendo que nada en toda la galaxia se podría comparar con esta estrella única y veloz. Pudiera empaparme, leer mil historias de ciencia ficción de varios seres, pero en ninguna hay un héroe que, como ella, solo con su amor sane y no se le acaben los poderes. Sus manos contienen magia que, aunque parecen pasitas porque los años y las batallas las han puesto un poco viejitas, no entiendo cómo lo puede hacer por que ayer se había agotado lo último que teníamos para comer y hoy me ha dado arroz y agüita para beber. Aunque los días sean similares, ella me demuestra una y otra vez que no me puedo dejar vencer porque hoy no es igual que ayer, que hoy tengo una nueva oportunidad para lograr aquello que en el pasado no pude hacer. Claro está que el tiempo no me alcanzará para agradecer por todo lo que me da, no existirá edad en la que no me gustará sentir su brillo y esa energía a mi ladito, a un costadito cuando me abraza y no se va, que no existirá pandemia ni situación en la historia que la derrote, y, si reencarno, la buscaría y volvería a elegirla a ella como mi mamá.

Última parada

Luis Alvear

¿Qué aprendí de esa época? Bueno, para empezar, fue un gran cambio: antes de todo eso, mamá y yo íbamos a visitar mucho a mis abuelos; hacíamos algunas cosas juntos, como ver la televisión o comer. A ellos les encantaba cocinar y era mi parte favorita; les pedía que me enseñen, pero decían que no tenía la edad, que ya lo harían en unos años.

Entonces le insistía a mamá, pero ella estaba de acuerdo, decía que era joven para usar cuchillos. Ella siempre me cuida, lo que me recuerda que antes a mí me gustaba mucho estar en la oscuridad, no pendía las luces, ni de mí cuarto ni de la sala cuando estaba allí. En cambio, donde ella estaba, siempre había luz, sea esta el televisor de la sala, un foco o, incluso, cuando se iba la luz que en un tiempo pasaba muy seguido, a pesar de que yo no tenía miedo, ella encendía una vela que sacaba de un cajón. A mí me gustaba hacer que la cera derretida en la base pareciera dos patitas y, de esa forma, pasaba las apagones.

De acuerdo, eso fue mi infancia, luego vino esa cosa: ya no se podía salir, los locales cerraban, la gente perdía su trabajo; fue algo muy malo, pero mamá estaba allí, y, cuando entraba a mi cuarto, abría las cortinas para que pueda ver mejor, aunque no era necesario: con la luz que pasaba por las cortinas era suficiente para mí.

Pensé que sería solo cosa de unos meses; pero pasó un año, las clases online fueron toda una revolución, y lo peor de todo era, mmm... cómo te lo digo, bueno, la gente... tomaba el bus.

Ese bus al que todos en algún momento vamos a subir, que te lleva por una carretera muy larga de la cual no sabes a dónde va, pero sí sabes que, al empezar el trayecto, no para y nunca jamás vuelves a ver a tus seres queridos. Eso para mí era lo peor de la situación.

Mi abuela podría decirse que tenía un ticket, básicamente tenía una fecha aproximada, y, en algún momento, el bus llegaría y no tendría ms opción que subirse. Odié eso, me enojé bastante por saber qué pasaría. Mamá, por suerte, estaba conmigo, me trataba de hacer entender que es el camino de la vida, que mi abuela estará en un lugar mejor, pero yo solo recordaba que no volverá a cocinar para nosotros y que nunca me enseñaría a cocinar.

Un día después de clases, mi madre entró a mi cuarto, encendió la luz enseguida y me dijo que iríamos al hospital.

Ya sabía qué esperar, el camino era largo, y lo que pasaría era obvio: cuando llegamos a su cuarto, pude sentirlo, la parada de bus estaba en mitad de la nada, no había más personas que mamá y yo viendo cómo llegaba el transporte y mi abuela esperando sin expresión alguna, mirando al frente con los ojos entreabiertos. Cuando el vehículo se detuvo y se abrió la puerta, ella solo subió, mamá y yo estábamos tristes evidentemente. Mi abuela no pudo despedirse, la puerta se cerró, enseguida ingresó, y lo que nos quedó era el polvo y el humo del tubo de escape mientras se alejaba más y más, cada vez hacia algún lugar tan lejano que no se veía ni un solo edificio o árbol en el trayecto, solo el límite de lo que los ojos podían ver.

Fue devastador para mí, la extrañábamos mucho y sabríamos que posiblemente no sería la última persona que conocíamos a la que le pasara algo similar. No había mucho qué hacer al respecto. Fueron días oscuros, pero, con el tiempo, mejoramos.

Entonces pasaron los años, terminó la etapa de las clases virtuales, las cosas poco a poco volvieron a la normalidad. De vez en cuando, mamá y yo íbamos a comer afuera, la situación a nivel mundial mejoró al menos con respecto a la salud. También disfrutábamos ver películas y cocinar juntos. Todo parecía bueno hasta que, un día que ella estaba trabajando fuera de casa, yo usé su computadora porque la mía se estaba actualizando, Me di cuenta que tenía el correo abierto, no lo

iba a revisar; pero, antes de cerrarlo, vi un mensaje del hospital. Había recibido un ticket para el autobús.

Pasaron los años y yo seguía viviendo en la misma casa, no podía entender cómo, después de tanto tiempo de una enfermedad altamente contagiosa que se propaga en todo el globo, mi madre se va por otra razón. Cuando estuve en el hospital la última vez, no lo quise aceptar, fue como verla de pie, luego entrar al bus pero nunca escuchar que se moviera, como si el bus aún estuviera ahí, inerte, con el motor apagado en medio de la nada, con el calor y yo en la parada solo observando.

Era de noche, la única iluminación que recibía era la de mi laptop en la sala. Entonces se va la luz, la computadora se apagó enseguida, lo cual me enojó porque no había guardado el trabajo que hacía. Me levanté y me puse a pensar en qué hacer. Estaba tan molesto que solo pensaba en tirar la PC. Me calmé y decidí acostarme en el sillón, pero primero quise ir por agua. Como no veía nada, pensé en una ligera posibilidad, de modo que, a oscuras, entre al cuarto de mi madre donde habían grandes cortinas, abrí el cajón de la cómoda y ahí estaba, entre un montón de objetos viejos, como teléfonos de botones, cables, audífonos, tarjetas... justo ahí se encontraba una vela, estaba a menos de la mitad.

La levanté, la miré y noté la cera derretida a los lados que parecían pies. Era la misma que mi mamá encendía cuando se iba la luz hace muchos años. No lo podía creer. Entonces me di cuenta que estuve equivocado, pensaba que donde ella estuviera siempre había una luz encendida; pero, recordando bien, noté que la iluminación siempre estaba cuando estábamos juntos.

A través de las cortinas, lentamente empezó a iluminarse el cuarto, y, desde afuera, se escucha cómo un bus encendía el motor y se ponía en movimiento.

Simplemente, ella es mamá

Manuel Fernando Gonzales Pomaquiza

Hace algún tiempo atrás, en un pequeño lugar de la ciudad de Cañar, vivía una madre soltera, llamada María, la cual estaba acompañada de su pequeño hijo de 10 años, llamado Abel. Ella se dedicaba a realizar quehaceres domésticos y, cuando la contactaban, realizaba trabajos ocasionales como lavar, planchar y limpiar; todo lo hacía con el único propósito de sacar adelante a su hijo, pues el niño tenía el sueño de convertirse algún día en médico para ayudar a quienes les afligía el dolor y la angustia.

Un día, mientras María realizaba la limpieza del hogar, empezó a sentirse mal, la cabeza le daba vueltas como un carrusel, sus brazos perdían fuerza y, de pronto, cayó al suelo. Abel fue a la cocina y vio a su madre tendida en el piso, inmediatamente la levantó y desesperadamente marcó al servicio de emergencias médicas para poder llevar a su madre a un hospital. Cuando llegaron, la atendieron y le realizaron una serie de estudios, que arrojaron resultados desalentadores: María había desarrollado un tumor cerebral y necesitaba tratamiento urgente. Sumado a esto, las noticias informaban de un nuevo virus originado en China que se estaba expandiendo rápidamente por todo el mundo y matando a varias personas, produciendo una enfermedad llamada covid-19, por lo que las autoridades del país ordenaron un confinamiento total.

A María le habían recetado varios medicamentos para poder tratar y combatir el tumor, dicha medicina era realmente costosa y debía ser suministrada lo más pronto posible; caso contrario, las cosas empeorarían. Abel se sentía impotente y triste por no poder hacer nada por su madre. Pasaron dos semanas, y María aún no iniciaba su tratamiento, ya que, con las nuevas restricciones, sus ingresos habían caído drásticamente; el único dinero que les ayudaba a solventar sus

gastos básicos era el que un primo de ella, que residía en el exterior, le mandaba. Al cabo de más de un mes, las restricciones ordenadas por los gobernantes se hicieron más leves, el confinamiento total había sido levantado y ahora estaba permitido salir a trabajar, pero bajo estrictas normas de bioseguridad. María salió entusiasmada a buscar trabajo para poder comprar sus medicamentos y costear los gastos del hogar; lamentablemente no encontró a nadie que le pudiera brindar trabajo, pues el país estaba siendo golpeado por una fuerte crisis económica.

Las cosas se complicaron aún más cuando Abel dijo a su mamá que en una semana iniciaría el nuevo año lectivo y que sería de manera virtual. En la casa no contaban con una computadora para que el niño pudiera conectarse a sus sesiones de clases, lo único que poseían era un celular que ya estaba marcado por los años, además no contaban con conexión a internet, por lo que los estudios del pequeño se veían gravemente comprometidos. Cuando Abel se percató de la situación que estaban atravesando, su pequeña mente se afligió y, sumado a esto, el estar encerrado y no poder salir a vivir una «vida normal» ocasionó que el niño cayera en depresión. Su madre se preocupó porque el entusiasmo que caracterizaba al pequeño Abel había desaparecido.

Cada mañana que María se levantaba, tenía la esperanza de encontrar trabajo; sin embargo, esas esperanzas se convertían en nada. El año lectivo de su hijo había empezado, y la madre sacrificó pequeños ahorros que tenía para contratar un paquete de datos para que su hijo pudiera recibir sus clases por medio del celular. Abel empezó sus clases; pero, a pesar de ello, su corazón se sentía triste y no podía concentrarse, ideas suicidas pasaban por su mente una y otra vez, así que sabiendo que su mamá había salido a buscar trabajo tomó la decisión de quitarse la vida. Se dirigió a la cocina y, tomando un cuchillo, estaba por clavárselo en el pecho; pero, de pronto, su madre entró y el niño soltó el objeto sin que su mamá se diera cuenta.

Entonces, María abrazó a su hijo como siempre lo hacía al regresar a casa y le comentó que había conseguido trabajo, iba a cocinar y entregar la comida para un grupo de albañiles de la zona.

María, un poco más contenta, cocinaba e iba a realizar las entregas, lo hacía con el amor y la felicidad que la caracterizaban. Pasó un mes y los ingresos del hogar, a pesar de haber mejorado, no eran suficientes, ya que gran parte del dinero estaba destinado a sus medicamentos. Había días en que María prefería quedarse sin comer para que la comida alcanzara para alimentar a su hijo la mañana siguiente. Ahora, la madre no solo cumplía el rol de traer el sustento al hogar; ahora, era maestra cuando ayudaba a su hijo en cosas que no podía; era médica cuando su hijo sentía algún malestar leve, hacía muchas cosas con tal de ver a su hijo bien y feliz. Sin embargo, un día María, luego de haber realizado la entrega de la comida, regresó mal y se postró en su cama, ella le dijo a su pequeño que solo era un pequeño malestar, pero lo cierto era que había contraído la covid-19, por lo que se vio obligada a quedarse en aislamiento. Su estado de salud se vio severamente afectado, puesto que la condición preexistente del tumor cerebral estaba complicando su cuadro clínico. Ante esta situación, Abel salió de su casa en una tarde llena de lluvia, se dirigió a un puente y con lágrimas en los ojos miró al cielo y dijo:

—Dios, ¿por qué me haces sufrir?, ya no aguanto más ver esta situación y no poder hacer nada, me quiero morir.

Diciendo esto, se disponía a saltar de aquel puente y terminar con su vida; justo antes de que eso pasara, se acercó a él un anciano y lo sujetó, salvándole la vida. Le preguntó:

—¿Niño, por qué quieres hacer esto?

A lo que Abel dijo que ya estaba cansado de todo y que no quería ser un peso más para su madre que se encontraba enferma.

El anciano sonrió y le dijo:

—Siempre hay esperanza, hijo, nunca digas nunca. Yo te voy a ayudar a ti y a tu mamá. Mi nombre es Manuel y soy una persona que lo tiene todo, pero no tiene una familia, así que vamos, llévame con tu madre para poder ayudarlos.

Secando sus lágrimas, Abel llevó a Manuel a su casa y, al ingresar, vieron que su madre estaba agonizando; la llevaron a un médico, pero fue demasiado tarde, el virus y el tumor habían terminado con su vida. Muy triste, Abel abrazó a Manuel y, con una voz destrozada, dijo:

—Es mi culpa, no debí dejarla sola, ni debí nacer porque solo fui una carga para mi madre.

—No digas eso —respondió el anciano.

Abrazándolo fuerte, le confesó que él era su abuelo. Entonces le dijo:

—Tu padre falleció hace unos días igualmente por este virus y me pidió que te buscara y que te diga que lo perdones, estuvo equivocado y se arrepintió de haberlos abandonado. Tu madre ahora está en un lugar mejor, de donde te guiará y estará muy orgullosa del hombre que decidas ser. Tu madre no es la primera ni la última que muere siendo víctima de este virus; siéntete tranquilo porque no te voy a abandonar. Yo pagaré tus estudios y te daré la vida que tu maravillosa madre siempre quiso darte, ella no fue una súper heroína, no pertenecía al universo de superhéroes de Marvel o de DC, no tenía súper fuerza ni visión laser, el único poder que ella y que todas las madres del mundo tienen es nunca perder la fe, no darse por vencidas jamás y creer que, aunque la noche esté sumamente oscura, el sol no tardará en salir.

El pequeño niño, abrazando a su abuelo, cerró sus ojos y dijo:

—Gracias por todo, mamá. Te juro que estarás muy orgullosa del médico que voy a ser. Te honro.

Homenaje de la madre, en tiempo de covid-19

María Carmita Parra Ch.

La humildad y la pobreza pulen la santidad de una madre. Porque ella está dispuesta a fajarse cualquier cruz que se le pongan en sus hombros, con el único fin de alcanzar la verdadera felicidad para sus hijos. Sin importarle cómo, ni de dónde venga.

1. Introducción imagenológica real de los diferentes estados de la madre.

De acuerdo a las posiciones: económicas, sociales y religiosas.

2. Personajes

Antonela Burgos Verdugo (la madre), una mujer de pueblo, sencilla, humilde y trabajadora, que, a duras penas, terminó la educación primaria y que, a partir de los 12 años, se dedicó por entero al trabajo: en el campo, limpiando huertas y luego fue a la ciudad de empleada doméstica durante el día; por las noches cuidaba casas, en las que vivía, razones por las cuales se convirtió en fácil presa del engaño de los mal llamados adinerados.

Rubí Burgos Verdugo (la hija), fruto del engaño y el abuso del mal llamado «don juan», que, por cierto, son muchos los que se consideran así. Antonela es su padre y madre a la vez.

El árbol (el padre), que representa a la naturaleza, que es de donde proviene todo el sustento para la vida.

3. Desenlace

Una niña que viene de una madre soltera, que, a su vez, proviene de un hogar disfuncional. Es sustentada por el trabajo de su madre que realiza la función de empleada doméstica, y, como no estaba tan segura de quién mismo era su papá, decidió cambiar de vida y dedicarse por completo a su hija. Vivía en casas prestadas, por lo que le era más fácil cumplir su responsabilidad. Mientras la niña crecía con toda su protección, la unión de madre a hija se hacía más sólida cada vez. La niña, sin darse cuenta, crecía en medio de un egoísmo frustrado.

Su madre siempre caminaba con la mirada hacia abajo, como que quería ocultar su pecado, por su simple cargo de conciencia, porque de religiosidad no poseía nada, ya que siempre confiaba en su salud y sus fuerzas. «Mi guagua», le decía a la niña, que ya pasó a ser adolescente; su cuerpo cambiaba cada día, ya casi era una mujer completa. Siempre que llegaba de sus estudios y se topaba con su madre, le decía: «mami, tú eres mi padre y madre a la vez» y le abrazaba fuertemente. Mientras, dos lágrimas, casi cuajadas por el remordimiento, salían de los ojos entreabiertos de la aludida y bajaron por las mejillas encallecidas por el sol, la conciencia y el trabajo. Pero, en la mente de la casi ya señorita, que se estaba formando en el mejor colegio de la ciudad, pensaba solo para sí, porque simplemente eso aprendía de su madre. Como que ya veía el mundo en sus manos, quería ser la reina de todo, pero en el fondo se iba formando un repudio a la sociedad porque se crio lejos de ella y porque jamás tuvo un festejo de cumpleaños en familia como tienen las demás de su edad; peor aún, la fiesta rosada que es el anhelo de toda señorita a los 15 años.

Ese todo que era su madre como que quería desmoronarse. Mientras tanto, su madre estaba pensando en el día que dejaría de ser peregrina y darle una sorpresa a la niña: como el mejor regalo de cumpleaños, le compraría una casa para estar en ella, las dos juntas

por el resto de la vida. Pero la intuición de madre ve en la hija un enfriamiento en la relación, porque los abrazos ya son mudos reflejos de cambio; y siente que se aleja de la casa sin decir nada. La madre grita para sí a solas:

—¡Rubí, hija mía!, no quiero que llegues a ser desdichada como yo, por eso me he partido el alma, en pos de tu felicidad y lo voy a seguir haciendo.

En ese instante, entra la hija, que todo murmuraba, sin que su madre se diera cuenta, y, con un pequeño tono de rebeldía, porque simplemente tenía los mismos genes ancestrales, dice:

—Madre, eres una bomba oxidada por el tiempo, porque todos los hombres que intentaron limpiarte te mintieron, y uno de esos era mi padre. ¿Fue o no así? Dime, mamita querida.

—No reniego a tu padre —la madre contesta, entre suspiros y sollozos—, porque, él, al marcharse me dejó un regalo por olvido; que, para mí, hoy es el mejor tesoro del mundo. Esa maravilla eres tú, ¡hija de mis entrañas!

De inmediato, se fundieron en un fuerte abrazo, entre el llanto de Antonela y la contemplación de Rubí, dejándoles mudas por un instante a las dos. Pero, como tenían sus ocupaciones, la escena se terminó: la madre al trabajo y ella al estudio, salieron de la casa cada quien por su rumbo; pero sus corazones estaban hecho pedazos, y, por la preocupación que llevan, no se dieron cuenta que se les cayó un pedazo a las dos, pero de manera indistinta: mientras la madre seguía su rutina, la hija hacía lo suyo; sin embargo, en un lugar distinto, que para ella era el mejor escenario. Ya que junto a un árbol frondoso y cubierto por su sombra sentía que estaba junto a la de su padre, y que esa era la sombra que a ella le faltaba. Por esa razón, para ella, ese era el lugar indicado; para estudiar y meditar.

Antes de sentarse sobre sus raíces, que para ella eran las piernas de su padre, miraba hacia el cielo y contemplaba sus ramas en completo

silencio, como que en su mente estaba la imagen de su papá, palabra que se hacía como un nudo en la garganta porque nunca tuvo la suerte de pronunciarlo como todo niño del mundo. Pero el maldito covid-19 le obligó a alejarse de él, igual que nos pasó a todos. El confinamiento le fundió de nuevo con su madre, en casa prestada. Pero nada de esto le impidió los estudios. El deseo de ser tecnóloga clínica, sus estudios se alinearon a través de la Química y la Biología. Se graduó de bachiller y, de inmediato, pasó a la universidad, dándole duro hasta conseguir el objetivo y, una vez logrado, le dijo a su madre, mostrándole el título: —Mami, este papel sintetiza todo el esfuerzo trasnochado, que tuvimos las dos juntas; pero, sobre todo, tu deseo de ver en mí una mujer de bien, hecha y derecha para servir y enfrentarme a la sociedad sin tapujos ni vergüenza.

4. Epílogo

La madre, un poco fría, como siempre, decía para sí: «¡este pájaro está hecho para otra jaula!, porque iba a referirse a la casa, en la que vivirán sin preocupación ajena. Se abrazaron como nunca, como queriendo arrancarse las cinturas. De tanta emoción que les invadía, sus gargantas se inflaron tanto que no pudieron pronunciar palabra alguna; solo al fin la madre dijo:

—La sorpresa más grande que te voy a dar, hija querida, está envuelta con el mejor papel de regalo que jamás tuviste, porque, simplemente, no tenía cómo hacerlo.

Sacando de su cartera unos papeles enrollados, los deshojó y le entregó a la hija diciendo con tanta dulzura:

—¡Hija!, esta casa es tuya, donde viviremos las dos juntas para siempre; pero, con las funciones cambiadas, desde hoy en adelante, nos cuidaremos las dos como amigas y hermanas e iremos a cualquier lado a distraernos. Ojalá logremos recuperar, al menos, parte del tiempo perdido. (Colorín colorado el cuento se ha acabado).

5. Mensaje

La felicidad alcanzada con el esfuerzo mancomunado de las dos les dará desde hoy en adelante la seguridad que todo fiel cristiano debe buscar. Sin odio, ni venganza, peor el revanchismo que cunde a los politiqueros, tratando de buscar y obtener las comodidades de manera fácil y a costa de los demás.

Mamá en tiempo de pandemia

María de los Ángeles Neira Narváez

En un pueblito muy lejano, vivía una madre muy luchadora, ejemplar y bondadosa, orgullosa de sus hijos; todos le conocían como «Mami Loli». Era muy querida, todos los días se levantaba antes de que el sol salga. Preparaba alimento para el refrigerio de sus hijos; nunca se olvidaba de un extra para unos abuelitos que vivían en el olvido de la sociedad y para unos perritos de la calle. Luchaba todos los días para viajar dos horas hacia su trabajo explotador con largas horas sin poder ver a sus niños. En el camino a su trabajo, les dejaba en la escuela y los volvía a ver en la noche, cuando ellos ya terminaban sus deberes y muchas veces los encontraba dormidos.

El tiempo pasaba, Mami Loli estaba convencida de que la esperanza de un mundo mejor le ayudaba a seguir luchando con todas sus fuerzas. Era muy empática, todos los días ayudaba a los más necesitados, brindado un poco de lo poco que tenía. Le gustaba obrar con el alma sin esperar nada a cambio, salía adelante con sus hijos a pesar de la muerte de su esposo.

Un día, escuchó en su trabajo que una pandemia empezaba y que muchos de los trabajadores serán despedidos sin ninguna remuneración. La desesperación recorría por su cuerpo. La incertidumbre le ganó, escucho conversaciones de sus superiores sobre que, en el área de limpieza, serán los primeros afectados. En algunas horas más tarde, le despidieron sin la paga de un mes de trabajo, sin tener acceso a un seguro. Sin poder hacer nada ante tanta injusticia, triste regresó a su casa a ver a sus hijos, llevándoles su postre favorito con lo poco que le sobraba, porque nada le ponía más feliz que ver la sonrisa y los ojos brillantes de sus niños.

De regreso, visitó a los ancianitos que estaban por camino a su casa, llevándoles una sonrisa y acompañándolos por un momento. Como el día estaba muy nublado, con truenos, no soportó ver a los perritos en la calle y se los llevó a su hogar. Al llegar a casa y saber que se enfrentaba ante una pandemia que exigió que las condiciones de vida deberían cambiar, pensó en cómo sobrevivir y cómo ayudar a los que confiaban en ella. Desde el siguiente, día empezó a trabajar en sus terrenos que, por falta de ayuda y de tiempo, abandonó; pero estaba segura de que, para tener frutos, debería esperar unos meses; sin embargo, se le presentaron varios problemas: necesitaba protegerse y proteger a los suyos, además se encontraba desinformada de cómo evolucionaba la enfermedad; temía volver a la ciudad por miedo a enfermarse, pero ya no tenía mucha despensa, y sus ahorros era muy pocos. Sus niños no podían cumplir con clases virtuales.

Con todo el valor como madre, gastó todos sus ahorros en una computadora para que sus niños continúen con sus clases; en mascarillas, para que se puedan cubrir y protegerse. Todo el dinero se les acabó y ya no les alcanzó para su despensa. Camino a casa, decidió donar unas pocas mascarillas a los ancianitos; de repente, ellos le regalaron comida de sus huertas y les alcanzaba para ayudarles. Estaban muy agradecidos porque siempre se preocupaba por ellos y les brindó algo de dinero para que puedan comprar comida luego de terminar. Al llegar a casa, se les presentó otro problema: no tenían internet, así que les tocaba caminar por 30 minutos para llegar a un parque público y ocupar el internet municipal, que era muy lento y, al ser 2 niños y tener solamente una computadora, no podían recibir las clases de la mejor manera. Muchas veces, se quedaban con dudas, no sabían cómo hacer sus tareas, y algunos días las condiciones eran muy desfavorables, ya que llovía.

Los días pasaban y, a pesar de que Mami Loli buscaba trabajos, todos le negaban; no podía ayudar mucho a sus niños, porque, al ser analfabeta, no entendía nada de las materias que recibían. No sabía

manejar una computadora. Se frustraba demasiado y trataba de buscar el medio para poder ayudar. Al encontrarse ante esta situación, se acordó de los postres que compró para sus niños y un vago recuerdo de su niñez se le cruzó por la mente: recordó que su mamá le enseñó a preparar varios postres y, con mucho temor, decidió gastar en materiales el dinero que le habían regalado. Comenzó a preparar postres y salía a la calle a venderlos con todas las medidas de seguridad, temiendo enfermarse y contagiar a los suyos. Al principio no tenía acogida, vendía 1 o 2 durante todo el día, tras andar bajo altos grados de calor con los pies hinchados; pero, al menos, tenía el dinero para un día más de comida.

Los niños, al ver el sacrificio de su mamá, decidieron ayudarle y se les ocurrió la grandiosa idea de impulsar el trabajo de su mamá en redes sociales: en unos días, Mami Loli tenía demasiados pedidos y ya ganaba dinero, así que decidió invertir en semillas para seguir trabajando en sus terrenos y en animales domésticos para dedicarse a criar. El tiempo pasó, y la pandemia continuaba; pero ella nunca se dio por vencida. Continuó con su negocio y dedicaba tiempo al campo, para que sus sembradíos le dieran resultado. Sus niños le ayudaban haciendo bici-encomiendas en la ciudad, hasta que lograron reunir el suficiente dinero para tener internet en sus casas y poder cumplir con todas las tareas pedidas en las instituciones.

Mami Loli continuó con sus emprendimientos y, al pasar del tiempo, le dieron muy buenos resultados. Ganaba más que en su trabajo anterior; además, unos meses después, sus terrenos le brindaron frutas, hortalizas y sus animalitos les daban leche y huevos; por ende, podía vender en el mercado y obtener dinero para seguir invirtiendo y, sobre todo, le dejaba alimentos y le daba tiempo para compartir con sus hijos, visitar a sus vecinos adultos, para compartir sus ganancias que, gracias a ellos, pudo empezar nuevamente desde cero y cuidar de mejor manera a los perritos que había adoptado. Además, ya tenía

dinero en caso de enfermar, por lo que ya podrían visitar un médico y adquirir las medicinas necesarias.

Al verse tan feliz con todo lo que había logrado a pesar del tiempo en el que se encontraba, decidió ahorrar para el futuro de sus hijos y que tengan una educación de calidad, así como, tiempo después, puedan ayudar de la misma manera que ella les enseñó, dando un granito de lo que no tenía a su prójimo. Estaba segura de que la vida siempre les bendecirá con lo que se merece. Mamá solo existe una, siendo la mejor madre del mundo, cuidando, luchando y sacrificándose para no dejar pasar hambre ni frío a sus seres queridos.

¡Cúidate, te amo!

Mikaela Belén Estrada Tabango

Victoria (Mami Vicky) es el nombre de mi madre. Ya hace 3 años separadas, se fue junto a mis hermanas. Con la gran melancolía en su corazón, ella tuvo que decir adiós y viajar a los EE.UU. Todos los días hablábamos, pero llegó el momento en que la humanidad jamás imaginó que tendría que vivirlo: miles de personas empezaron a morir, muchas familias tuvieron que confinarse en sus hogares; muchos de ellos no tenían alimentos, pero mi gran pregunta: ¿mamá y yo volveríamos a estar juntas nuevamente?

Fue el 12 de diciembre del 2018, mi madre emprendió su viaje, las angustias, los llantos no faltaron. Fue la primera vez que sentí cómo su corazón se rompía en mil pedazos, porque su familia, por primera vez, estaría dividida. Asimismo, fue la primera Navidad más triste que tuvimos que pasar: ya nada era igual. La compañía, el regreso de ella a casa después del trabajo, las risas, absolutamente todo cambió. ¡Mamá ya no está en casa!

Su nueva vida en ese país no fue fácil: muchas veces estallaba en llanto porque no se acostumbraba, muchas injusticias, maltrato; pero ella, muy valiente, secaba su llanto y se ponía firme, así su corazón estuviera lleno de tristeza, con ganas de dejarlo todo y salir huyendo de allí. Todo el mundo le decía que es exagerado pensar en dejar el «sueño americano», que ella tan solo necesita días y se acostumbraría a su nuevo estilo de vida.

Pasaron los días, los meses y ella seguía firme en su trabajo, para que a nosotras como hijas y su nieta no nos faltara nada y tengamos un plato de comida para servirnos. Finalmente, llegó el 4 de agosto, ella me escribió como eventualmente solía hacerlo y me dijo:

—Tengo que salir de viaje. No voy a tener señal para hablarte.

Fueron sus últimas palabras. Yo estaba muy preocupada de lo que pudo haber pasado: ¿por qué el viaje tan inesperado? ¿Por qué no hay señal? ¿Me oculta algo?, fueron muchas de las preguntas que en ese entonces se me ocurrían.

Ese día llegué a mi casa muy preocupada, pensando en mi madre. En el momento de abrir la puerta, muchos gritos, serpentinas y globos se me atravesaron: entre abrazos y felicitaciones escuché:

— ¡Feliz cumpleaños, hija!

¡No lo podía creer! Era ella, ella estaba allí junto a mis hermanas. El abrazo más cálido del todo el mundo, lleno de amor puro y verdadero, se estrechó allí. Nunca olvidaré aquel día que me sentí completa.

Tuvo que volver a viajar. Asimismo, la despedida fue devastadora, pero, a su vez, llena de felicidad porque la tuve una vez más junto a nosotras. Pasaron los meses, cuando se empezó a oír de un virus que devastó a una ciudad en China. Pocos países lo tomaron con preocupación, cuando, de pronto, se empezó a propagar por todo el mundo. Todos tuvimos que confinarnos en nuestros hogares, a la espera de saber cómo se controlaría la propagación. Muchas familias se contagiaron y empezaron a morir, los hospitales colapsaron, todo fue un caos. ¿Y nosotras no estábamos juntas?; ahora, la preocupación de saber si sobreviviríamos.

El confinamiento, poco a poco, fue tomando riendas sin saber lo que nos deparaba. La angustia rondaba y tan solo pensar que mamá y papá podían contagiarse y no puedan sobrevivir me partía el alma. Ellos debían salir a trabajar, con miedo y con preocupación, la cual siempre estaba vigente. Lo que nunca les dije fue que los admiraba mucho a pesar de las circunstancias que nos afectó. Ellos siguieron firmes y no se dieron por vencidos, todo por su familia, a pesar que estábamos separados por miles de kilómetros.

Los meses más difíciles que vivió la humanidad fueron pasando de poco en poco, pero no termina. A mi madre le diagnosticaron una

enfermedad en sus manos, la cual debe operarse para sanar, pero ella no pensó en su bienestar: su primer pensamiento fue: «y, ahora, ¿cómo voy a trabajar? ¡No quiero ser una carga para nadie!». Mi madre, como muchas otras, primero pensó en su familia antes que ella misma. Ella continúa en su trabajo a pesar que su enfermedad le causa mucho dolor en las manos. Papá le dice que pare y se realice la operación, pero ella no lo acepta; Mamá quiere continuar.

La admiro mucho y estoy muy orgullosa de ser su hija, nunca pensé encontrar ese amor verdadero y sin condición la que me brinda ella. A pesar de todo lo que le hice vivir en mi adolescencia, ella sigue y seguirá junto mí, aconsejándome, dándome ese amor que tanta falta me hace cuando no la tengo cerca.

Cuando pensé que por motivo de la pandemia no la volvería a ver, el 4 de abril ella regresó. Su estadía fue maravillosa, aproveché al máximo cada minuto junto a ella, como solíamos estar antes del viaje, antes de la pandemia. Mi madre siempre estará en mi mente y en mi corazón, a pesar de todas las circunstancias que a lo largo de nuestras vidas se han suscitado.

Cada mañana, ella, siempre preocupada por la comida, se levantaba temprano para prepararnos algo y poder rendir el resto del día en clases virtuales; yo solo esperaba con ansias el final de la jornada para poder estar juntas. Muchas veces, cocinábamos juntas algo que hace tiempos no hacíamos, solíamos caminar algunas veces, nos acostábamos simplemente a conversar: fueron los mejores momentos que pasé junto a mi madre y deseo con ansias volverlas a repetir.

El día menos esperado, se dio su regreso a los EE.UU. Como siempre, es desconsolador; pero el abrazo de despedida que nos dimos fue el mejor del mundo. Sentí y la vi llorar abrazada a su nieta, dándole el último abrazo lleno de amor y diciéndole cuánto la ama, que no se olvide de ella. Las vi y sonreí entre lágrimas y me dije: «su amor no tiene límites, mi madre es sorprendente e increíble. Guardaré la

esperanza de volveremos a encontrar y ser la familia que nunca tuvo que estar dividida en países diferentes».

Pero llegó el momento, allí estuve parada junto a mi hija con las lágrimas a flor de piel, con el corazón partido, con sentimientos encontrados, sin saber el futuro incierto que ahora nos depara. Y la vi subirse en el auto. Tan solo un abrazo y me llenó de amor: «cúdate mucho. Te amo», fueron sus últimas palabras y mami se fue...

Mi corazón gritaba: «¡Mami Vicky, no te vayas! ¡No me dejes! ¡Te amo con todo mi ser por siempre!».

Adiós.

El corazón más grande del mundo

Pablo Cuzco

«¡Ellas vivirán!», dijimos. Tenemos que conservar la fe. Era inevitable no sentir un nudo en el pecho mientras nos tomábamos de las manos, mirándonos a los ojos fijamente. Ella vestía un buzo color morado, que tanto le gustaba, y, sin pensarlo, de la noche a la mañana, tuvo que cambiar por una bata azulada de las que usan en el hospital. Recostada en la cama, junto a ella estaba una máquina que se conectaba a su vientre para registrar los latidos de los corazones de nuestras bebés, unas mellizas hermosas a las que habíamos decidido llamar Bernadette y Samantha.

Debía realizarse el control de los latidos cardiacos cada dos horas, pues el riesgo de muerte de las bebés era muy alto debido a una condición llamada colestasis del embarazo, la cual eleva las enzimas del hígado, provocando que, de manera súbita, los pequeños corazones de nuestras hijas dejaran de latir. Incluso, los mismos doctores estaban sorprendidos con esta enfermedad, pues, a pesar de que en el Hospital Regional de Cuenca a diario se atiende a decenas de mujeres embarazadas, la enfermedad con la que trataban no era nada común.

Luego de pasar internada dos semanas en el hospital por el riesgo que corría y debido a todos los cuidados brindados dentro del mismo, recibí el alta hospitalaria. Siguiendo las recomendaciones dadas por el médico, hemos de esperar 4 meses; con suerte, llegaríamos al alumbramiento previsto.

Pero... el 27 de febrero del 2020, los noticieros del país informaron del primer caso confirmado de contagio por covid-19; era una paciente de la costa ecuatoriana, un virus tan mortal que no veía raza, religión, ni situación económica, colocando de rodillas a toda la humanidad,

cambiando todo estilo de vida, dejando gran dolor y familias incompletas.

Los casos por contagios de covid-19 iban en aumento y las muertes por igual. El 16 de marzo del 2020, las autoridades tuvieron que someter a todo el Ecuador a un confinamiento masivo, con restricciones severas de toques de queda y la obligación del uso de mascarilla para evitar el contagio de más personas y así salvaguardar la vida. Pero, en nuestro caso, Karina tenía que realizarse controles prenatales semanales para asegurarse que el embarazo marchara bien. Fue muy difícil, pero para nosotros lo más importante era salvaguardar la vida de nuestras bebés.

La sorpresa llegó cuando solo cinco días después, el 21 de marzo, recibí una llamada que no esperaba, Karina me decía que tenía un fuerte dolor en el vientre. Salimos precipitados en busca de un hospital que pudiera recibirnos, recorrimos calles desoladas; de verdad estaba muy nervioso, pero la paz de Karina me calmó:

—Debemos dejar todo en las manos de Dios, si él quiere que esto salga bien, pues así será —dijo ella.

Cuando llegamos al Hospital Regional, fue muy extraño, pues donde antes había personas sentadas, donde había doctores y enfermeras caminando, ahora no había nada, solo silencio y desolación.

Simplemente, el guardia a la entrada nos advertía salir del lugar pues había una docena de personas internadas por covid-19 y las distintas áreas de atención se reubicaron para designar un espacio específico al área de covid-19. Por lo mismo, Karina tuvo que ser atendida literalmente en un pasillo.

Aunque nos emocionaba al fin tener a nuestras bebés en brazos, al mismo tiempo no queríamos que así sea, pues aún faltaban 7 semanas para completar el embarazo. Debo reconocer que en todo momento admiré la tranquilidad y confianza que guardó Karina, a pesar de que nuestros familiares desde sus casas nos llamaban impacientes. Esa

intranquilidad aumentó cuando la doctora nos dio una mala noticia: el hospital en ese momento no contaba con incubadoras disponibles en el área de Neonatología, por lo cual debían enviarnos a otra casa de salud, incluso viajar a otra provincia si era necesario; fue entonces cuando comenzó la preocupación para nosotros; a donde debíamos ir estábamos solos y dependíamos de la respuesta de los hospitales. Debido a que era un embarazo riesgoso, los doctores hicieron todo lo posible para evitar la movilización de Karina a otro centro de salud.

Luego de 12 horas de contracciones que aumentaban y disminuían, llegó el momento inevitablemente: interrumpir el embarazo y realizar la cesárea. Antes de que ingresara Karina al quirófano, le di un fuerte abrazo y diciéndole al oído que todo estará bien, que Dios nos ayudará en estos momentos difíciles:

—Lo sé —dijo, mientras me miró sonriendo.

Llegó la enfermera y se la llevó.

Fueron momentos de preocupación, ya que salió un doctor y, muy apresurado, fue directo al banco de sangre, regresó e ingresó a quirófano; yo era el único en la sala de espera y el no tener información de cómo estaba ella o las bebés me angustiaba demasiado. Una enfermera se me acercó, me dijo:

—El doctor saldrá en un momento para conversar con usted.

De verdad que se me bajó la presión al pensar que algo salió mal.

Al salir el doctor, le pregunté por Karina y las bebés, me dijo que esté tranquilo, como en toda cirugía existen complicaciones, las bebésse encuentran bien:

—La enfermera en poco tiempo le llamará para que pase a ver a su bebé, la otra bebé tendrá que ser colocada en una incubadora por el bajo peso que tiene. En cuanto a su esposa, estuvimos a punto de extraerle el útero, ya que presentó hemorragia y demasiadas contracciones, impidiendo suturar, por lo cual perdió mucha sangre;

pero pudimos controlar y cerrar: su esposa se encuentra estable y en reposo. En cuanto despierte, usted podrá pasar a verla.

A las 22:03 nació Samantha, 22:04, Bernadette. La enfermera me hizo pasar y me entregó en los brazos a la bebé. Tenerla en mis brazos fue algo hermoso, ver su carita, sus ojitos, su boquita; pensar que, después de todo lo que vivimos, ahora se encuentra con nosotros y que la amaré por toda mi vida. Fue solo por unos momentos que estuve con ella, ya que enseguida tuve que salir a buscar unas medicinas.

Pasadas algunas horas, Karina había despertado, estaba con la bebé a su lado. En la cama se veían hermosas y solo podía dar gracias por el escenario que veía en ese momento. En la habitación había 2 mamás, cautelosas con sus mascarillas y tratando de evitar en lo posible hacer alguna acción que pudiera contagiarlas del terrible virus, a ellas se unía Karina. Tanto ellas como las criaturas no recibirían visitas, no tendrían ni siquiera libertad de conversar entre ellas. La situación que se vivía era muy distinta a la que habíamos planeado e imaginado; al contrario, se convivía con el miedo.

El bajo peso de Samantha exigió que fuera trasladada al área de Neonatología, no nos permitieron verla por el riesgo de contagio del virus; pasaron 19 días en los cuales nos mantenían al tanto de su salud. La buena noticia fue cuando nos indicaron que ya tenía el peso adecuado para que le pudieran dar el alta. Vi cómo los ojos de Karina se llenaron de una alegría; nos alistamos y salimos. Al llegar al hospital, nos entregaron a Samantha. Solo puedo decir que aquel día sentimos una sensación que nunca antes la habíamos tenido, pues el momento que la tuvimos en casa pudimos decir «están aquí, vivas, ahora ya no estamos solos, ahora somos una familia completa y feliz».

Mi pobre chola

Sthefany Oleas Quezada

Un día como cualquier otro, épocas en que mi pobre chola, pese a que cargaba años de más, siempre se levantaba antes que el alba asomara por su ventana; con el ceño fruncido, se dirigía hacia la cocina, preparaba su desayuno y, antes de que cante el gallo, el platillo estaba servido. Después trenzaba sus canas y se preparaba para su mañana. Vivíamos con mi hermana en una casita cercana al sol, un lugar poco habitual, alejado de la ciudad donde mi pobre chola salía todas las mañanas a trabajar.

Al finalizar del día, ya cuando todo estaba en silencio, cuando la noche cubría los senderos, los pájaros regresaban a su hogar; cuando las luciérnagas iluminaban el patio y las ranas se preparaban para cantar, llegaba mi pobre chola con una sonrisa que se me quedaba hasta el despertar.

A la mañana siguiente, escuché varios quejidos de sufrimiento, así que rápidamente me dirigí hacia el cuarto de mi pobre chola.

—Brote de enfermedad por un nuevo coronavirus producido en Wuhan, China —decía el locutor de la radio.

Yo no lo entendía, solo sabía que a mi pobre chola le podría afectar. Los siguientes días fueron un completo caos.

Las arrugas de mi pobre chola se volvían cada vez más pronunciadas, su voz se tornaba más áspera y la mesa se encontraba más vacía, los días pasaban y la frase de despedida que usualmente era: «cuídense, hasta luego», y fue remplazada por «cuídense, no saldrán». Los contagios crecían y mi pueblo disminuía.

Una tarde fría noté que mi pobre chola se veía cada vez más cansada, en las noches empezaba a toser, tenía dolores en el cuerpo y otros síntomas que se agravaron con el tiempo. Mi familia se encontraba

muy preocupada, mi pobre chola ya no salía a trabajar. Cansada de la situación, me dirigía todos los días al pueblo y, a primera hora, empezaba a vender los huevos; no era mucho, pero nos servía para el día. Cuando llegué a mi casa, encontré a un grupo de gente afuera del cuarto de mi pobre chola. Preocupada, corrí hacia ella, pero era demasiado tarde: mi pobre chola se había ido junto con mis deseos y felicidad.

La pobre había estado trabajando tanto que, incluso, ya contagiada seguía en pie. Fue ese espíritu inquebrantable que causó su situación y posteriormente su desaparición.

Hoy, como de costumbre, Glummy me despertó con sus ronroneos; el día se tornó más frío y en mí crece un pensamiento de angustia y melancolía que recubre todo mi cuerpo en lo más recóndito de este pueblo.

Esto es lo que por ahora recuerdo de mi pobre chola. Ahora me encuentro desolada en la casa de la montaña, recordando cómo, de un día para el otro, todo empezó a cambiar: ahora los días pasan más lento, el cantar de los pájaros se escucha más triste, todo empieza a tornarse de color gris y a lo lejos escucho a mi hermana decir «todavía estas aquí».

Todo fue un sueño.

Esa luz se llama mamá

Roxana Estefanía Pastuizaca Paucar

Todavía recuerdo el último olor a primavera, cuando mamá María me peinaba de trenzas, mientras papá Moisés tocaba la guitarra y entonaba desde el alma el albazo «Avecilla» y, de repente, en las noticias anunciaban una pandemia por un virus conocido como covid. El tiempo se detuvo y el silencio abrumó la habitación. Desde aquel instante, sigo haciendo cuentas en mi calendario y no sé en qué día estamos. Quizá han pasado 300 o 400 desde que dejamos el mundo exterior, lo único que nos mantenía vivos era unos golpecitos que se escuchaban en el vientre de mi madre y que pronto saldrían de él.

Era 15 de junio de 2020 cuando mamá decidió salir a trabajar, ella era el sostén del hogar y una de las mejores costureras del barrio; se dedicaba a confeccionar bellas prendas, unos vestidos de ensueño, toda mi ropa la hacía ella. Ese día llevaba una mascarilla que adornaba sus bellos ojos azules y una falda verde que mi padre le regaló por su cumpleaños. Yo estaba muy asustada e insistía en acompañarla, pero mamá se enojó y dijo que debía quedarme en casa y, desde luego, tenía razón: ¿qué podía hacer yo con tan solo 7 años?, ni siquiera sabía vestirme sola. Ahora, éramos papá y yo en casa. Él me cuidaba, pero no podía trabajar: estaba enfermo de su corazón y siempre decía que mi sonrisa era la mejor cura para su enfermedad.

Mamá llegó a casa enseguida, no tardó nada y en mi cabeza me preguntaba si pasaba algo; pero me quedé en mi habitación. Tiempo después, tuve curiosidad y bajé en silencio, no quería que me escucharan. Cuando me acerqué a la puerta de su habitación, papá la abrazaba y ella lloraba desconsoladamente. Papá intentaba calmarla, pero sus intentos eran inútiles. Ese mismo día, mientras dormíamos, mamá le dijo a papá que la habían despedido a causa de la pandemia; que buscó trabajo con algunos amigos, pero nadie la quería; que el

sistema económico estaba cayendo y todo el barrio había cerrado sus negocios.

Desperté con la melodía de Julio Jaramillo, mi padre le cantaba a mi madre «El alma en los labios» y ella se veía tan feliz que ni los rayos de luz brillaban tanto como sus ojos. Todo parecía ir bien, mamá no mostraba preocupación. Pasó una semana y mamá estaba en casa todo el tiempo, cocinaba las mejores albóndigas y su especialidad era el ceviche de camarón, que, por cierto, era mi platillo favorito. Yo le preguntaba todo el tiempo: «mamá, ¿por qué la comida siempre te queda deliciosa?», a lo que ella contestaba: «hija, si lo que quieres conseguir lo haces con amor, siempre saldrá perfecto ese es el toque mágico». Yo no la entendía bien en ese entonces y ponía cara de intriga. Mamá reía a carcajadas y me decía: «La vida se encargará de enseñarte».

Hoy es 30 de junio de 2020 y he notado el refrigerador vacío, la alacena lleva candado, la mesa está sucia y papá ya no canta. Parece como si el invierno estuviera llegando a casa y como si el otoño soplara a nuestra puerta. Busqué a mamá por toda la casa, finalmente la encontré en el jardín y dijo que se sentía un poco cansada pero que estaba bien. Yo le di unas palmaditas en la espalda y le dije que somos mujeres fuertes y saldremos adelante. La mirada de mamá ya no era la misma; de repente, su felicidad se había esfumado. Así que la llevé a mi cuarto y le dije que necesitaba ayuda con la tarea de matemática y me sorprendí mucho cómo explicó todo sin necesidad de consultarlo en internet, así que tuvimos una idea: empezaría a dar clases a otros niños como yo, con la única condición de recibir un poco de alimento a cambio.

Han pasado ya 6 meses desde aquel entonces y mi madre se ha hecho muy popular en el barrio; la gente la quiere mucho y sus alumnos de cariño le dicen «Mami Mary». Claro que me siento un poco celosa, pero sé que ella es feliz, también emprendimos un negocio de hortalizas que lleva mi nombre, «Ángel Divino», vendemos a bajo

precio en el barrio y nos han llegado muchos pedidos. Papá nos ayuda a veces, pero mamá siempre es la llave del negocio.

Hace unos días, vi en internet que necesitaban a una costurera a domicilio, así que se lo comenté a mamá. Ella estaba sorprendida y dudó un poco en ir a preguntar, dijo que sus manos estaban cansadas de tanto trabajo y que su máquina era más polvo que hilos. Yo le dije que lo podía intentar, y no tienen idea de cómo me arrepiento de ese día. Eran las 8:00 a. m. del 2 de enero de 2021, mamá lucía hermosa y se puso la bufanda que yo había tejido hace algún tiempo con su ayuda. Salió de casa. Papá y yo la despedimos desde el garaje de aquella casa de madera que había sido nuestro hogar por 10 años.

Habían pasado unas horas y, junto a papá, esperábamos con ansías la llegada de mamá, y, de repente, escuchamos el motor del Toyota que conducía, este era muy viejo, pero tenía gran valor sentimental. Mamá se acercó y, con voz temblorosa, dijo que la habían aceptado, así que empezó a limpiar su máquina que con tanto cariño llamaba mi tesoro de juventud. Pasaron dos semanas desde aquel día y todo marchaba de maravilla, hasta que una noche mamá empezó a toser demasiado y su barriguita le dolía, pues ya llevaba 7 meses de embarazo. Papá le preparó un té y se sintió mejor. Al día siguiente, su piel se tornaba como papel y empezaron los cólicos, el dolor de piernas y los mareos. Papá la llevó al hospital y dijo que regresaría pronto. Me quedé sola en casa y el reloj marcaba las 5:00 p. m., seguía mirándolo y marcaba las 8:00 p. m., seguía observando la ventana que apuntaba al garaje, pero nunca nadie apareció.

Papá llegó a las 10:00 a. m., pero su rostro no se veía bien; sus ojos estaban completamente muertos, así que me dijo:

—Hija, tu mamá está muy enferma; el virus del que tanto nos hemos cuidado la ha consumido. Ella me dijo que, si tú oras por ella, pronto volverá a casa.

Así que corrí hacia la sala donde estaba la Virgen María y, con lágrimas en los ojos, le conté que no entendía qué pasaba, pero que lo único

que deseaba era tener a mi madre conmigo, que si era necesario que alguien llegue a su templo esa fuese yo. Estaba desesperada y confundida, y solo quería a mi madre de vuelta. Papá lloraba todas las noches y yo no sabía cómo consolarlo.

De repente, el teléfono de casa sonó y preguntaban por papá. Él atendió la llamada. No pasó mucho cuando noté que lágrimas caían por su rostro, cuando colgó me dijo:

—Hija, tu madre ya es un ángel en el cielo.

—Así que la veremos pronto.

Papá se quedó callado y me dijo:

—Hija, tu madre ya no volverá. Se ha ido a un lugar mejor.

Yo no lo entendía y no lo entendí hasta ahora.

Es 25 de abril de 2028, me llamo Ángeles y tengo 14 años. Hace 7 años mi madre murió junto a mi hermanito por covid, y no tienen idea del calvario que he vivido con papá. Aún recuerdo sus manos tan suaves rozar por mi cara y su bella voz cantándome al oído. Todo parece una fantasía llena de verdades inciertas y de caminos que, una vez tras otra, se tornan más nublados. Lo único puedo decir es que mamá es uno de los recuerdos más bonitos que desde ese entonces invaden mi mente. La pandemia ha cobrado la vida de millones de personas y, hasta el día de hoy, seguimos usando mascarilla. Solo sé que mi madre es la lucecita que cada día enciende mi corazón.

La heroína de mi gran cuento

Tamara Isabel Paucar Morocho

Era la noche del 5 de abril. Entre llantos, mi madre nos abrazó como si ese fuese la última noche que nos viese juntos como una familia unida, ahí fue que nos dimos cuenta de aquella iniciativa que ella ya la había tomado. No cambió. Al parecer, fue una larga noche, tanto para ella como para nosotros. Esa noche fue muy especial para mí porque tenía que disfrutar al máximo la presencia de esa bella mujer que hacía que mis días fueran más coloridos con su regaños y peleas que nunca faltan. Así es, no éramos una familia perfecta: ¡la perfección no existe!, pero sí muy unidos y felices. Sin embargo, eso estaba por cambiar en pocas horas: esa noche fue algo mágico porque nos disculpamos de corazón por aquellas veces que nos habíamos disgustado, o aquellas veces que se me pasaban las palabras. Fue una gran despedida porque era un viaje lleno de riesgos que iba a recorrer mi madre. Con un abrazo entre los tres, culminó esa noche.

Pero... quién es mi madre.

Mi querida madre, que da todo por nosotros, ¡cuando me refiero a todo, lo es todo! Ella puede llegar a tener uno, dos o hasta tres trabajos al día para solventar los gastos de un hogar y para que nosotros disfrutemos de un mejor futuro, aquel que tal vez ella nunca tuvo, pero anhela que el de sus hijos sea diferente.

Mi hermano y yo la admiramos por cada gota de sudor, el esfuerzo por educarnos con valores y responsabilidades. En toda nuestra vida ha sido mi súper heroína de televisión, y es admirable lo que una madre es capaz de hacer por sus hijos, sin importar lo complicado que sea.

El 14 de marzo del 2020, se decretó estado de excepción por una nueva pandemia, covid-19. Pasamos 40 días encerrados y fue ahí

cuando pudimos conocernos aún más, porque antes de eso ella salía temprano al trabajo, mi hermano al colegio y yo a la universidad; pero todo eso cambió: nos unimos más como familia, y eso no era todo, comenzamos a sentir la crisis al no poder salir a continuar con nuestras labores ¡tomamos decisiones importantes! Mi madre, al no saber cómo sobrellevar la situación, se armó de tanto valor y salió a realizar su trabajo para poder cubrir los gastos del hogar. Eran tiempos muy críticos para la familia, pero mi heroína siempre tenía la solución para todo. Hasta que llegó un día en que lo poco que ganaba no alcanzaba para sustentar los gastos de hogar; esto afectó demasiado a mi madre, por lo que tomó una decisión muy difícil para salir adelante, como, por ejemplo, salir del país en busca de una mejor vida —como otros lo llaman, «el sueño americano»—. Esa decisión que tomó no dejaba de dar vueltas en la cabeza de mi madre, todas las noches lloraba, pero nunca nos dijo del porqué lo hacía, hasta que una mañana se armó de gran valor y decidió contar la solución que había tomado a nuestro problema económico. Al escuchar aquellas frases que mencionaba, quedamos perplejos mi hermano y yo. La única expresión que salió de nuestro rostro fue una lágrima, ¡así es, una lagrima! No supimos qué decir porque estábamos al tanto de todos los problemas que se vivía en aquel viaje. Ese viaje que deseaba realizar mi madre era para nuestro futuro, pero ese futuro traía consigo muchos riesgos, pero eso no le importaba a mi ella; lo único que tenía en mente era llegar y darnos ese futuro que tanto anhelaba. Ahí entendí que una madre lo es todo, no hay límites para una mamá que lucha por el bien de su familia.

Los días trascurrían como siempre, mi madre con su simple existencia alegraba las mañanas. Hasta llegamos a olvidar aquel tema que nos costaba tanto asimilar, pero esa decisión que un día mi madre tomó seguía en pie. Ella ya lo había arreglado todo. Tenía el día, la hora y el lugar al que tenía que llegar, pero ella simplemente no nos comentó,

porque, con el simple hecho de pensar en nosotros, sentía el dolor y el vacío que nos iba a causar al mencionar su valentía.

Martes 6 de abril, cómo olvidar aquella mañana en que mi corazón se partió al ver a la mujer que tanto amo partir. Fue una mañana muy difícil porque quería irme con ella, pero no pude. Recibí una llamada para ir a realizar cobertura en una rueda de prensa: ese fue mis últimos minutos con ella, en que las lágrimas no paraban de humedecer mis mejillas; nos dimos un gran abrazo y tómanos caminos diferentes. Al llegar la tarde, la casa se encontraba vacía, ya no se escuchaba sus pasos ni su risa por el pasillo. Se sentía un gran vacío por su ausencia. Así transcurrieron varios días en los que perdimos el contacto completamente y no supimos nada sobre ella. Nos hacía mucha falta, pero teníamos que resignarnos y tener los pies sobre la tierra para esperar su llamada, diciendo que todo andaba muy bien. Día, tarde, noche madrugada, siempre esperamos su llamada. Ningún momento apartamos nuestros teléfonos para seguir a la espera de esa gran llamada de aquella mujer que partió de su ciudad por el bienestar de sus hijos...

La palabra «madre» es extraordinaria en todos los sentidos. Ese ser magnifico, maravilloso que se desvive por su familia, por sacar adelante a sus hijos con todos sus esfuerzos, dando su vida por ellos. Es por esto que una madre es inigualable, única y muy preciada. Mi madre, ¡mi heroína!

PUBLICACIONES: COLECCIÓN CIENCIAS SOCIALES

<https://ces-al.wixsite.com/website>

- 1.- COMPENDIO DE ESTUDIOS SOCIALES SOBRE ECUADOR, de VV. AA. (2019).
- 2.- PROVINCIA DE EL ORO: Anuario de fiestas, de Rodrigo Murillo Carrión (2019).
- 3.- ENTRE CANARIAS Y ECUADOR, de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 4.- LA CULTURA DEL MAÍZ. SARAMAMA. Lenguaje, saberes e identidad en la comarca azuayo-cañari, de Carlos Álvarez Pazos (2019).
- 5.- CUADERNO DE PRÁCTICAS DE PSICOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN. Grados de Magisterio (Infantil y Primaria), de Camino Álvarez Fidalgo, Ginesa López Crespo y José Martín-Albo Luca (2019).
- 6.- CRÓNICAS INTERCULTURALES, de Brígida San Martín García, Edgar Cordero Coellar y Lorena Álvarez León (2019).
- 7.- PROCESOS DE MUNDIALIZACIÓN, coordinado por Pedro A. Carretero Poblete, Arturo Luque González y Ramón Rueda López (2019).
- 8.- INDICADORES SOBRE ACTIVIDADES CULTURALES DE LOS ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA. Volumen I: Actividades culturales, de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 9.- GESTIÓN CULTURAL ALTERNATIVA. Reflexiones para su ejercicio, de Ramiro Caiza (2020).
- 10.- EPISTEMOLOGÍA ANDINA, coordinado por Pedro A. Carretero Poblete y Jennifer M. Loaiza Peñafiel (2020).
- 11.- ASÍ NOS CONTARON LA HISTORIA DE ESMERALDAS, de Manuel Ferrer Muñoz (2020).
- 12.- TEJIENDO REDES, CONSTRUYENDO PUENTES, de Arturo Luque González (2020).
- 13.- LECTURA Y EDUCACIÓN LITERARIA: Aproximaciones, prácticas y reflexiones, coordinado por Genoveva Ponce Naranjo y Aldo Ocampo González (2020).

- 14.- ¿QUIÉNES SON LOS POBRES ECUATORIANOS POR INGRESOS? UNA MIRADA A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN, de Efstathios Stefos (2020).
- 15.- EL DERECHO A LA SEGURIDAD SOCIAL Y EL PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD EN ECUADOR, de Claudia Sánchez Vera (2020).
- 16.- DE LO RURAL A LO URBANO EN ECUADOR, coordinado por Pedro A. Carretero Poblete, Franklin R. Quishpi Choto y Luis A. Quevedo Báez (2020).
- 17.- TERRITORIO Y PATRIMONIO, coordinado por Rosa Campillo e Irina Godoy (2020).
- 18.- TESTIMONIOS, VIVENCIAS, REFLEXIONES E IMÁGENES EN TIEMPOS DE COVID-19: Ecuador, Tenerife, Málaga y Roma, coordinado por José Manuel Castellano y Genoveva Ponce Naranjo (2020).
- 19.- TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE URBANO DE RIOBAMBA (1900-2018), de Esteban W. Bravo Carrión, Ana L. Cerda Obregón y Fredy M. Ruiz Ortiz (2020).
- 20.- COSMOPOLÍTICA, DEMOCRACIA, GOBERNANZA Y UTOPIA, coordinado por Luis Herrera Montero, con prólogo de Adrián Scribano (2020).
- 21.- CRÓNICAS DESDE ECUADOR, de José Manuel Castellano Gil, con prólogo de Manuel Ferrer Muñoz (2020).
- 22.- ANÁLISIS COMPARATIVO DE LA POLÍTICA PÚBLICA UNIVERSITARIA ECUATORIANA (2004-2017), de Héctor Aníbal Loyaga Méndez (2020).
- 23.- LO ESCRITO, ESCRITO ESTÁ, de Simón Valdivieso Vintimilla (2020).
- 24.- ÁLBUM HISTÓRICO FOTOGRÁFICO: CUENCA-ECUADOR, de Adriano Augusto Merchán Aguirre, con prólogo de José Manuel Castellano (2020).
- 25.- HISTÓRIAS DA QUEERENTENA, coordinado por Pablo Pérez Navarro (2020).
- 26.- TRÍPTICO de Enrique Martínez Vázquez, con prólogo de Gustavo Vega (2020).
- 27.- PROVINCIA DE CAÑAR, de Juan Diego Caguana Cela, Juan Carlos Bermeo García y José Manuel Castellano Gil (2020).
- 28.- PROVINCIA DE AZUAY, de Juan Carlos Bermeo García, Juan Diego Caguana Cela y José Manuel Castellano Gil (2020).

- 29.- CRÓNICA DE UNA MATANZA IMPUNE. EL ASESINATO DE EMIGRANTES CANARIOS EN CUBA, de José Antonio Quintana García (2020).
- 30.- AZOGUES, 200 AÑOS, 200 FOTOS, coordinado por Erick Jara, José M. Castellano y Rafael Rodríguez (2020).
- 31.- LA MENTE DIVIDIDA. ESQUIZOFRENIA: UN ENFOQUE INTERDISCIPLINAR, coordinado por Pedro Martínez Suárez (2020).
- 32.- VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO. Incidencia en estudiantes de la Universidad Católica de Cuenca (Ecuador), de Sandra Urgilés León, Nancy Fernández Aucapiña y Diego Illescas Reinoso (2020).
- 33.- BANDA DE MÚSICOS DE MACHACHI, de Javier Fajardo (2020).
- 34.- APRENDAMOS KICHWA - KICHWA SHIMITA YACHAKUSHUNCHIK, de Carlos Álvarez Pazos, con prólogo de Ruth Moya (2020).
- 35.- UNA HISTORIA DE LAS CIENCIAS DE LA CONDUCTA, coordinado por Pedro C. Martínez Suárez, Alejandro Herrera Garduño, Nicolás Parra Bolaños, José Alejandro Aristizábal Cuellar y Oscar Aristides Palacio (2020).
- 36.- VIOLENCIA EN EL NOVIAZGO. Entre la Desavenencia y el Amor, de Sandra Urgilés León, Nancy Fernández Aucapiña y Diego Illescas Reinoso, con prólogo de Leonor Guadalupe Delgadillo Guzmán (2020).
- 37.- LOS ORÍGENES DE LA IMPRENTA EN ECUADOR, de Bolívar Cabrera Berrezueta, con prólogo de Enrique Pozo Cabrera (2021).
- 38.- GUÍA PEDAGÓGICA – DIDÁCTICA. MUSEO DE LA IMPRENTA NACIONAL, de Bolívar Cabrera Berrezueta (2021).
- 39.- EL ZOOLÓGICO DE NIETZSCHE, de Jesús Puerta, con prólogo de Gustavo Fernández Colón (2021).
- 40.- HOMENAJE A BOLÍVAR ECHEVERRÍA, CARLOS MONSIVÁIS Y JOSÉ SARAMAGO, de VV. AA., con prólogo de Gustavo Vega (2021).
- 41.- PARTITURA DE PACO GODOY, con prólogo de Gustavo Vega y presentación de Wilson Zapata Bustamante (2021).
- 42.- ECONOMÍA BASADA EN EL SAQUEO Y LA VIOLENCIA: Ni democracia, ni mercado, de Federico Aguilera Klink, con prólogo de Chema Tante (2021).
- 43.- COMPENDIO DE ESTUDIOS EDUCATIVOS EN ECUADOR de VV.AA. coordinador por Edgar Curay y Ángel B. Fajardo Pucha, (2021).

- 44.- PARTITURAS DE PACO GODOY con prólogo de Gustavo Vega Delgado y Nota Introdutoria por Wilson Zapata Bustamante, (2021).
- 45.- PARTITURAS INFANTILES de Paco Godoy, con Prólogo Abdón Ramiro Morales Andrade y Nota Introdutoria de Wilson Zapata Bustamante (2021).
- 46.- BIENES PATRIMONIALES de San Francisco de Peleusí de Azogues de Rafael Rodríguez, María Eugenia Torres y Humberto Berrezueta con Prólogo de Fabián Saltos, (2021).
- 47.- MODELOS DE AUTOEVALUACIÓN: Institucional y de carreras de Santiago Moscoso Bernal, Enrique Pozo Cabrera, Andrés Cañizares Medina y Pedro Álvarez Guzhñay con Prólogo de Efstathios Stefos, (2021).
- 48.- GESTIÓN CULTURAL COMUNITARIA Y TURISMO COMUNITARIO de VV. AA. Coordinador por Ramiro Caiza, (2021).
- 49.- CRÓNICAS DESDE ECUADOR (II) de José Manuel Castellano con Prólogo de Edgar Palomeque Cantos y Epílogo Gustavo Vega Delgado, (2021).
51. ALETURGIAS sobre Don Antonio de Clavijo de Pedro Arturo Reino Garcés con Prólogo Wilson Zapata Bustamante, (2021).
- 50.- PARTITURAS ECUATORIANAS con prólogo de José Manuel Castellano, (2021).
- 51.- MUSEO DEL SOMBRERO DE PAJA TOQUILLA. Cuenca-Ecuador. Aproximación histórica, catálogo e historia de Vida de Jonnathan Fernando Uyaguari Flores, Erick Jara Matute y José Manuel Castellano Gil, (2021).

PUBLICACIONES COLECCIÓN TALLER LITERARIO

<https://ces-al.wixsite.com/website>

1. POEMARIO, de Edison Cajilima Márquez, con prólogo de Francisco Viña (2019).
2. SÁBANAS RESUCITADAS, de Juan Fernando Auquilla Díaz, con prólogo de Catalina Sojos (2019).
3. MISCELÁNEAS DE VOCES JÓVENES, de VV. AA., con prólogo de Juan Almagro Lominchar (2019).
4. SUPERNOVA, de Francisco Carrasco Ávila, con prólogo de Jorge Dávila Vázquez (2019).
5. EL ÁRBOL DE CAMELOS, de David M. Sequera (2020).
6. QUEJAS DESDE LA LÍNEA IMAGINARIA, de Claudia Neira Rodas y José Manuel Camacho Delgado (2020).
7. KILLKANA: Relatos de jóvenes ecuatorianos, coordinado por David Sequera (2020).
8. VOLVER A CASA, de Manuel Ferrer Muñoz, con prólogo de Catalina Sojos (2020).
9. POEMAS ENTRE ORILLAS, de VV. AA. (2020).
10. NUEVA CANCIÓN DE EURÍDICE Y ORFEO, de Jorge Dávila Vázquez (2020).
11. CIUDADES, de Juan Fernando Auquilla Díaz, con prólogo de Cristian AVECILLAS Sigüenza (2020).
12. DIEZ PEQUEÑAS HISTORIAS, de Esthela García, con prólogo de Germán León Ramírez (2020).
13. SINFONÍA DE LA CIUDAD AMADA, de Jorge Dávila Vázquez, con prólogo de Francisco Proaño Arandi (2020).
14. LOS COLORES PERDIDOS Y OTROS RELATOS, de Isabel Victoria Sequera Villegas y Andrés David Sequera Villegas, con prólogo de Yesenia Espinoza (2020).
15. HAIKUS COTIDIANOS, de Ramiro Caiza (2020).

16. POEMAS SOBRE DOS CIUDADES, de VV. AA., con prólogo de Yesenia Espinosa e ilustraciones de Alicia Méndez. Premio de Poesía de Azogues y Cuenca (2020).
17. TRAVESÍAS URBANAS, de Jacqueline Murillo Garnica, con prólogo de Manuel Ferrer Muñoz e ilustraciones de Marcela Ángel Salgado y Jéssica Rocío Mejía Leal (2020).
18. FUEGO CRUZADO. Crossfire, de Iván Petroff, con prólogo de Bojana Kovacević Petrović (2020).
19. FILOSOFÍA DEL ARTE, de Galo Rodríguez Arcos, con prólogo de Carlos Paladines (2020).
20. EXPRESIONES Y ESBOZOS EN UN BICENTENARIO DIFERENTE. AZOGUES, de VV. AA. (2020).
21. EL SABIO POPULAR EN EL ANTIGUO EGIPTO, de David Sequera, con prólogo de Nacho Ares (2021).
22. MENSAJE DE NAVIDAD EN TIEMPOS DE PANDEMIA., de VV. AA. (2021).
23. AMOR Y AMISTAD EN TIEMPOS DE PANDEMIA, de VV.AA., coordinado por Yesenia Espinoza (2021).
24. UNA PARTIDA DE DADOS CON LOS DIOSES, de Iván Petrof Montesinos con prólogo de María de los Ángeles Martínez Donoso (2021).
25. DOS PIEZAS TEATRALES, de Fernando Vieira con Prólogo de Pablo García Gámez, (2021).
26. PASIONES A LA SOMBRA DEL KREMLIN, de Rodolfo Bueno con Prólogo de Abdón Ubidia (2021).
27. POEMAS INCONCLUSOS, de Luis Vicente Curay Correa con Prólogo de Jorge Dávila Vázquez (2021).
28. BODAS DEL FUEGO de Manuel Felipe Álvarez Galeano con Prólogo de Hernando Guerra Tovar, (2021).
29. REFERENTES SIGLO XXI. Ensayos de Abdón Ubidia, (2021).
30. MOJIGANGA de Rodolfo Bueno con Prólogo de Wilson Zapata Bustamante, (2021).
31. HISTORIA SOBRE LA MADRE EN TIEMPOS DE PANDEMIA de VV.AA. con Prólogo de Manuel F. Álvarez Galeano (2021).

Convencido que el saludo de mayo a una madre no es suficiente para enaltecer al sublime ser; el ser, que nos ha acompañado desde nuestras primeras miradas cruzadas de temor y ávidas de calor de la guía de luz y amor; seguro estoy que, si garabateo líneas a la madre, cada caricia merece un párrafo, cada beso su guion, cada abrazo la producción, cada desvelo su publicación.

Que mejor aseveración de respeto y amor, para que perdure en el tiempo mediante el Relato a la Madre a través de este justo reclamo escrito que representa de sus autores los sentimientos puros por la madre. La imaginación ha volado alto, la creatividad ha acelerado corazones; y éstos, han plasmado su existencia en esta compilación, con el reconocer de la madre, la ternura innata a su amor hijo; el fruto de sí, en épocas de pandemia.

Felicitaciones a los declarantes de su amor por ella, en esta pequeña, pero más que pulcra y delicada publicación.

Dr. ENRIQUE POZO CABRERA, PhD
Rector Universidad Católica de Cuenca.

